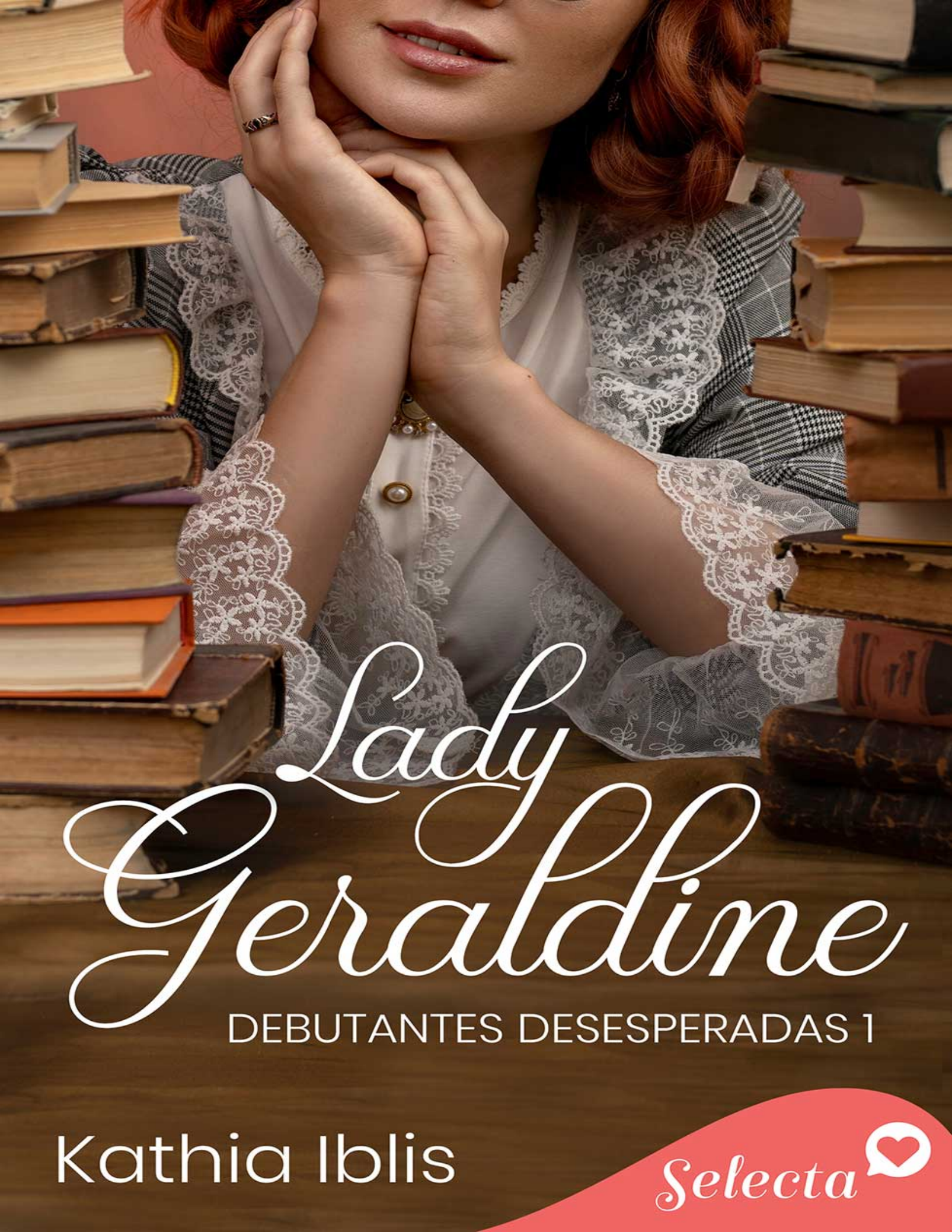


Lady Geraldine

DEBUTANTES DESESPERADAS 1

Kathia Iblis

Selecta

Lady Geraldine

SERIE
Debutantes desesperadas 1

Kathia Iblis

Selecta

No buscamos el amor, el amor nos encuentra a nosotros.
Anónimo

Cuando menos lo esperas, el amor llega.
Anónimo

Prólogo

La lluvia caía con la persistencia melancólica que solo conocía la campiña inglesa en los días de marzo, golpeando con un ritmo suave pero constante los ventanales altos de la biblioteca de Weinthrot Hall. En el interior, el aire estaba tibio, perfumado por la mezcla de cuero viejo y papel envejecido, con un leve aroma a té de bergamota que aún humeaba en la taza olvidada sobre la mesa.

Lady Geraldine Weinthrot estaba sentada junto al ventanal, con un libro abierto sobre las rodillas, completamente ajena al resto del mundo. Su cabello castaño oscuro caía en ondas sueltas, iluminado aquí y allá por reflejos dorados que el fuego del hogar avivaba. La joven de veintidós años no tenía prisa alguna por abandonar su refugio; el mundo exterior siempre le había parecido un lugar demasiado ruidoso, demasiado exigente. Entre esas paredes forradas de estanterías, era dueña de su destino, o al menos así lo había creído hasta entonces.

Había comenzado la mañana con la firme resolución de terminar «*La abadía de Northange*» antes del almuerzo, pero el silencio de la casa se había interrumpido con pasos apresurados en el pasillo, un murmullo ahogado de voces masculinas y el sonido de la puerta del

despacho de su padre cerrándose con un golpe. Frunció el ceño; su padre detestaba cualquier alteración del orden habitual.

No pasó mucho antes de que escuchara otra puerta abrirse. La biblioteca, aunque retirada, estaba en la misma ala que el despacho. Geraldine levantó la vista justo a tiempo para ver aparecer a un hombre que no conocía.

Era alto, de hombros anchos, vestido con un impecable traje oscuro que no ocultaba la firmeza de su porte. El cabello, negro como ala de cuervo, contrastaba con el tono claro de su piel y con los ojos… ah, esos ojos. Grises, fríos, pero con un fulgor interno que resultaba casi hipnótico. No era un rostro que se olvidara fácilmente: había algo de dureza en la línea de la mandíbula, algo de batalla ganada —o perdida— en la sombra de sus facciones.

—Perdón, milady —dijo con una inclinación leve, modulando la voz grave—. No quise interrumpir su lectura.

—No lo ha hecho —respondió ella cerrando el libro con un gesto sereno, aunque su mente comenzaba a formular preguntas—. ¿Busca a mi padre?

Una sombra cruzó por su mirada antes de responder.

—Ya lo he encontrado.

No hubo tiempo para que Geraldine indagara más. Un lacayo irrumpió en la biblioteca, jadeando, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos.

—Milady… —tragó saliva—. Su padre… el señor ha… ha sufrido un colapso.

El libro cayó de su regazo, golpeando la alfombra sin ruido. La sangre se le heló, pero sus pies se movieron antes que su mente pudiera reaccionar. Fue entonces cuando sintió una mano fuerte, cálida, sosteniendo su brazo.

—No corra —dijo el desconocido, firme, pero sin brusquedad—. No

le servirá de nada llegar sin aliento.

Ella quiso replicar, pero había algo en la seguridad de esa voz que le hizo obedecer. Caminaron juntos por el pasillo, y en cada paso crecía en su pecho una opresión que presagiaba lo peor.

El despacho estaba cargado de un silencio espeso, roto apenas por los sollozos ahogados de la doncella. El doctor del pueblo, un hombre de edad, se apartó de la figura que yacía en la butaca junto al escritorio.

—Lo siento, milady —dijo bajando la cabeza—. No hubo nada que pudiera hacer.

El mundo se desmoronó. El olor a tinta, a madera encerada, a cuero… todo se mezcló en un vértigo abrumador. Sintió que sus rodillas flaqueaban, y antes de caer, el desconocido la sostuvo.

—Respire —susurró inclinándose hacia ella—. Respire, por favor.

Geraldine, sin saber por qué, obedeció. Inspiró hondo, y la calidez de su mano en su espalda fue un ancla en medio del naufragio.

No recordaba con claridad cómo llegaron a la sala principal. Solo que, en algún momento, él le ofreció un vaso de agua y se mantuvo a cierta distancia, como si comprendiera que ella necesitaba espacio.

—¿Quién es usted? —preguntó finalmente con voz áspera por las lágrimas.

—Nathaniel Blackwood, duque de Ravenshire.

El nombre resonó en su mente, familiar por ecos de conversaciones ajenas: un hombre reservado, apenas visto en Londres, cuya fortuna estaba intacta pero cuya familia había caído en desgracia hacía años.

—Estaba aquí por un asunto con su padre —añadió él con una mirada que no dejaba entrever nada más—. Lamento profundamente su pérdida.

La puerta se abrió y su madre entró, pálida como la cera.

Geraldine supo que la verdadera batalla acababa de comenzar.

Nathaniel se inclinó brevemente, como quien sabe cuándo retirarse, pero al pasar junto a ella murmuró apenas:

—Confíe en lo que ve, no en lo que le digan.

Y se marchó, dejándola con más preguntas que respuestas.

***

La noticia se extendió por la casa con la rapidez de un incendio. Los criados se movían como sombras silenciosas, cerrando cortinas, apagando lámparas, cubriendo espejos. Era el ritual del luto, y cada gesto parecía una sentencia definitiva. Geraldine permanecía en el gran salón, sentada junto a su madre, cuya mirada perdida hablaba de un dolor tan hondo que no encontraba forma de expresarse.

No tardó en llegar la abuela, traída en su silla por dos lacayos. Sus manos, delgadas y temblorosas, buscaron las de Geraldine.

—¿Qué ha sucedido, niña mía? —preguntó con voz frágil, ignorante aún de la verdad.

Geraldine sintió cómo su madre le clavaba una mirada que suplicaba silencio. El corazón le pesó como una piedra, pero asintió y mintió con voz firme.

—El padre ha debido viajar por un asunto urgente, abuela. No se preocupe.

La anciana suspiró y se recostó en su silla, aceptando la explicación. El secreto estaba sellado, al menos por ahora.

Fue entonces cuando la puerta se abrió y entró Lord Ashford Weinthrot. Vestía de negro, aunque no por luto, sino por costumbre. Sus facciones eran de una belleza pulida, casi fría, y su sonrisa no alcanzaba a sus ojos.

—Mis condolencias —dijo con una reverencia exagerada—. Me

temo que asuntos legales me traen a Weinthrot Hall en un momento… delicado.

Geraldine lo observó con recelo. No era un extraño: su primo había sido una figura distante pero constante en las reuniones familiares, siempre midiendo a todos con esa mirada calculadora. Ahora, esa mirada se posaba sobre ella como si ya la considerara parte de su propiedad.

Mientras Ashford conversaba con su madre, Nathaniel apareció de nuevo, esta vez junto a la puerta, en silencio. Sus ojos grises se movieron del rostro de Ashford al de Geraldine, como si midiera la tensión invisible que llenaba la sala. Ella sintió un extraño alivio al verlo; su sola presencia parecía una advertencia para su primo.

El velatorio se celebró al día siguiente, con un desfile de vecinos y conocidos ofreciendo condolencias y evaluando, con disimulada curiosidad, el futuro de la familia. Nathaniel permaneció cerca, aunque nunca demasiado, hablando con algunos caballeros de alta posición y manteniendo una actitud que Geraldine no lograba descifrar.

Cuando la última visita se marchó y la casa quedó sumida en un silencio opresivo, Geraldine subió a la biblioteca. Necesitaba aire, necesitaba pensar. Encontró allí a Nathaniel, de pie junto a las estanterías, hojeando uno de los libros más antiguos.

—No me gusta que los extraños invadan este lugar —dijo ella cruzando los brazos.

Él alzó la vista y una chispa de ironía apareció en sus ojos.

—Quizá no sea un extraño tanto como cree, milady.

Geraldine frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Nathaniel cerró el libro con suavidad y lo colocó en su sitio.

—Su padre y yo teníamos un acuerdo. No uno de negocios

únicamente, sino de… protección mutua.

Ella sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Protección contra quién?

—Contra aquellos que creen tener derecho a lo que no les pertenece —respondió con una mirada que se deslizó hacia la ventana, donde Ashford conversaba con un criado en los jardines.

Se acercó a ella, pero no tanto como para incomodarla. Su voz bajó, grave.

—Escúcheme bien, Lady Geraldine: si quiere mantener este hogar y a su familia a salvo, tendrá que aprender a distinguir a sus verdaderos aliados. A veces, no son los que la sociedad aprueba.

Antes de que pudiera replicar, hizo una leve inclinación y se retiró, dejándola con más dudas que certezas.

***

Esa noche, mientras el viento aullaba en el exterior y la lluvia golpeaba con más fuerza los ventanales, Geraldine se quedó sola en la biblioteca, mirando el fuego y repasando cada palabra de aquel hombre. No sabía por qué, pero presentía que su destino y el de Nathaniel Blackwood estaban, de algún modo, irremediablemente entrelazados desde ese día.

Capítulo 1

La mañana se abrió paso lentamente sobre Weinthrot Hall, filtrando una luz pálida por las cortinas pesadas del comedor. El aire estaba impregnado de un silencio distinto, más denso que en los días anteriores, como si las paredes mismas se resistieran a aceptar la ausencia definitiva de Lord Weinthrot.

Geraldine permanecía en su lugar habitual de la mesa, la taza de té intacta frente a ella, las manos entrelazadas con fuerza sobre el regazo. El negro absoluto de su vestido resaltaba la palidez de su rostro. No había dormido bien; cada vez que cerraba los ojos, veía la figura de su padre inclinado sobre su escritorio, los labios pálidos, la vida escapando sin que nadie pudiera detenerla.

Lady Eleanor, su madre, intentaba mantener la compostura. Su porte seguía erguido, sus gestos precisos, pero Geraldine conocía demasiado bien el temblor casi imperceptible en las manos de su progenitora. A su lado, el asiento vacío del patriarca parecía observarlas con muda severidad.

—No podemos seguir así —dijo finalmente Lady Eleanor, su voz baja pero firme—. La temporada ha comenzado. Debemos ir a Londres.

Geraldine alzó lentamente la vista, con una ceja arqueada y un deje de incredulidad.

—¿Habla en serio? ¿Con mi padre recién enterrado?

—Habla la necesidad —corrigió Lady Eleanor dejando el cuchillo sobre el plato con un leve chasquido—. Si no aseguramos tu futuro antes de que Ashford mueva sus fichas, perderemos esta casa… y todo lo que tu padre luchó por mantener.

El nombre de Ashford cayó entre ellas como una piedra en un estanque. Geraldine sintió un escalofrío. Su primo había aparecido en el funeral con un traje negro impecable y una sonrisa que parecía ensayada frente a un espejo. Desde entonces, sus visitas habían sido constantes, siempre corteses, siempre calculadas.

La doncella entró en ese momento y anunció con voz correcta:

—El duque de Ravenshire solicita unos minutos con usted, milady.

Geraldine intentó mantener la expresión neutra, pero el corazón le dio un salto. Nathaniel Blackwood cruzó el umbral con paso seguro, vestido de manera impecable, y saludó con una inclinación exacta. Sus ojos grises se posaron primero en Lady Eleanor, luego en Geraldine, con un brillo que ella no supo descifrar.

—No pretendo importunarlas tan temprano —dijo, su voz grave llenando la estancia—. Vengo a entregar algo que pertenecía a su padre.

Colocó sobre la mesa un sobre sellado con cera roja. Geraldine lo tomó, notando que el calor de sus dedos permanecía en el papel. Durante un instante, sus miradas se encontraron, y hubo un silencio extraño, como si las palabras que ambos pensaban no fueran apropiadas para esa hora ni ese lugar.

—Gracias, excelencia —murmuró ella.

Él asintió y se giró para marcharse, pero en el umbral se detuvo.

—La temporada no es solo un escaparate de sonrisas y galanterías

—dijo con una calma inquietante—. Es un campo de batalla.

Geraldine frunció el ceño.

—¿Y usted viene a advertirme o a reclutarme?

La comisura de sus labios se curvó apenas, pero no respondió. Simplemente se inclinó y salió de la estancia.

No mucho después, Geraldine encontró a Ashford en el pasillo. Él le sonrió con ese gesto que nunca alcanzaba los ojos.

—Espero que estés considerando lo que es mejor para tu familia —dijo como si hablara de algo trivial. Antes de que ella pudiera replicar, se alejó.

Más tarde, en la biblioteca, Geraldine rompió el sello del sobre. Dentro había una nota de su padre: *«Confía en Ravenshire. Él sabe más de lo que aparenta»*. El papel tembló entre sus manos. Casi como si hubiera sido invocado por esas palabras, Nathaniel apareció en el umbral.

—Olvidé mencionarle algo —dijo entrando sin pedir permiso—. Su primo es más peligroso de lo que cree.

—¿Y usted? —replicó ella mirándolo con audacia—. ¿Debería considerarlo un peligro también?

Él dio un paso más cerca. No la tocó, pero la cercanía bastó para que sintiera la calidez de su presencia.

—Eso depende de cuánto aprecie la verdad, milady.

Antes de que ella pudiera responder, se apartó con la misma calma con la que había entrado.

***

Por la tarde, Lady Clarisse Kensington irrumpió con la elegancia de quien está acostumbrada a abrir puertas sin anunciarse.

—Querida, en dos semanas tendrás el privilegio de bailar en honor

a Su Majestad —anunció con una sonrisa que no admitía réplica—. Y espero que estés lista para impresionar… a todos.

Geraldine soltó una risa breve, incrédula.

—¿Y si me niego?

Lady Clarisse inclinó la cabeza con picardía.

—Entonces le contaré a tu abuela que rehúsas porque prefieres quedarte aquí esperando visitas del duque de Ravenshire.

El calor subió al rostro de Geraldine, aunque no supo si era de ira o de algo que no quería reconocer.

Capítulo 2

La luz de la mañana entraba tamizada por las cortinas pesadas, proyectando un tono dorado sobre los pasillos silenciosos de Weinthrot Hall. El murmullo lejano de pasos anunció una presencia antes de que la figura de Lord Ashford apareciera al final del corredor. Geraldine, que caminaba en dirección a la biblioteca, se detuvo en seco.

—Prima —saludó él con una inclinación y una sonrisa medida—. Espero que hayas descansado bien.

—Lo suficiente —respondió ella manteniendo la voz neutra.

Ashford avanzó con ese andar pausado que ocultaba, bajo una capa de refinamiento, una tensión latente. Se detuvo a una distancia correcta, pero su mirada recorría el rostro de Geraldine como si buscara grietas.

—He pensado mucho en la situación de la familia —dijo—. Es lamentable que el destino nos haya colocado en esta posición. Pero, como bien sabes, soy un hombre práctico. Si decides actuar con sensatez, podríamos llegar a un acuerdo que beneficie a todos.

Geraldine alzó el mentón, negándose a retroceder.

—No me gustan los acuerdos que comienzan con amenazas

veladas.

Ashford sonrió, pero sus ojos permanecieron fríos.

—No son amenazas, querida prima. Solo advertencias. Londres es un lugar peligroso para una joven inexperta. Y la temporada… aún más.

La tensión se rompió cuando un criado apareció, avisando que Lady Eleanor la requería. Geraldine se marchó sin una palabra más, dejando a Ashford en medio del pasillo con su sonrisa intacta.

En el jardín trasero, mientras buscaba un momento de soledad, Geraldine escuchó voces. Se asomó entre los setos y vio a Nathaniel conversando con el señor Whitmore, un viejo amigo de su padre. La postura de ambos era seria.

—…No subestimes a Ashford —decía Whitmore—. Tiene recursos que ni imaginas.

—Por eso mismo estoy aquí —respondió Nathaniel—. No pienso dejar que repita lo que hizo en el 68.

Geraldine retrocedió un paso, sorprendida. Una rama crujió bajo su pie, y Nathaniel alzó la vista. Sus ojos grises la atraparon en un instante.

—Milady —la saludó inclinando la cabeza—. ¿Disfruta de la mañana?

—Tanto como se puede en estos días —contestó intentando ignorar el calor que le subía al rostro.

Nathaniel sonrió apenas.

—Quizá deberíamos hablar… en otro momento. Londres será un lugar menos seguro de lo que parece.

Antes de que pudiera responder, él regresó a su conversación con Whitmore, dejándola con más preguntas que respuestas.

Más tarde, Geraldine visitó a su abuela, que reposaba en un sillón junto a la chimenea. Sus manos temblorosas sostenían un bordado

inacabado.

—¿Ha escrito tu padre? —preguntó la anciana sin levantar la vista.

El nudo en la garganta de Geraldine se hizo insoportable.

—Está… ocupado, abuela. Pero piensa en usted.

Nathaniel, que pasaba por el pasillo contiguo, se detuvo al escuchar la respuesta. No entró, pero su sombra se proyectó sobre el umbral. Cuando Geraldine salió, él seguía allí.

—Es una carga pesada la que llevas —dijo sin mirarla directamente.

—No es asunto suyo.

—Quizá lo sea más de lo que cree.

Por la tarde, Lady Eleanor recibió a Lady Clarisse Kensington y a Lady Desdémona Hawthorne en el salón principal. El té se sirvió entre arreglos florales y murmullos.

—El baile de Su Majestad será la ocasión perfecta —dijo Lady Clarisse—. Debe brillar, Geraldine. Y para eso, necesitaremos aliados.

—No todos los aliados usan guantes de seda —intervino Lady Desdémona mirando fugazmente hacia la ventana, donde Nathaniel hablaba con un lacayo.

Geraldine sintió que el corazón le latía con fuerza. No sabía si temer o desear esa implicación suya.

***

Esa noche, incapaz de dormir, bajó a la biblioteca. El fuego estaba encendido, y frente a él, en una de las butacas, estaba Nathaniel. Parecía tan dueño del lugar como si le perteneciera.

—No esperaba encontrarlo aquí —dijo ella avanzando con cautela.

—Y yo no esperaba compañía —respondió él sin moverse—. Pero ya que está aquí…

Se levantó y se acercó, deteniéndose a un paso de distancia. La luz del fuego iluminaba su rostro, marcando cada sombra.

—Si va a Londres, tendrá que aprender a moverse entre serpientes —murmuró—. Y algunas llevan apellidos ilustres.

—¿Y usted? —preguntó ella sintiendo que su respiración se aceleraba—. ¿Es serpiente o salvador?

Nathaniel esbozó una sonrisa lenta, peligrosa.

—Depende de cuánto esté dispuesta a arriesgar.

El silencio se volvió denso. Por un instante, sintió que él iba a inclinarse hacia ella. Pero Nathaniel se apartó, recogió un libro de la mesa y lo ojeó como si nada hubiera pasado.

—Buenas noches, Lady Geraldine.

Geraldine se quedó allí, con el corazón golpeando su pecho, sabiendo que esa batalla había comenzado mucho antes de que ella lo advirtiera.

Capítulo 3

La mañana se presentó con un cielo cubierto y un aire frío que parecía colarse por cada rendija de Weinthrot Hall. Geraldine se encontraba en el salón, revisando algunos libros antiguos que habían pertenecido a su padre, cuando el sonido de ruedas en la grava anunció la llegada de un carruaje.

El mayordomo entró con paso firme.

—Lord Ashford Weinthrot y el señor Burrows, milady.

Geraldine sintió una punzada de irritación al escuchar el nombre. Ashford entró con su habitual elegancia calculada, seguido por un hombre delgado y pálido, vestido de abogado. La sonrisa de su primo no engañaba: había venido a algo concreto.

—Querida prima —saludó con voz untuosa—. Espero no importunarte, pero ciertos documentos de la herencia necesitan ser revisados. Por el bien de todos, claro está.

Lady Eleanor, que acababa de entrar, tensó los labios.

—Este no es el momento, Ashford.

—Los asuntos legales no entienden de momentos —replicó él suavemente mientras el abogado abría una carpeta—. Es mejor resolverlos antes de que… surjan complicaciones.

Geraldine dio un paso al frente.

—¿Complicaciones como cuáles?

Ashford la miró como si evaluara una pieza de ajedrez antes de moverla.

—Rumores, por ejemplo. Y ya sabes cómo Londres se alimenta de ellos.

En ese instante, una voz grave interrumpió la tensión.

—Me temo, Lord Ashford, que este no es un lugar apropiado para discutir tales temas.

Nathaniel Blackwood estaba en el umbral, su porte imponente llenando la estancia. Avanzó con calma, pero sus ojos grises no se apartaron de Ashford.

—Quizá sea mejor que lleve esos documentos a mi despacho en Londres —sugirió—. Estoy seguro de que su abogado y yo podremos revisarlos… lejos de la familia.

El abogado parpadeó, sorprendido, y Ashford sonrió con una frialdad renovada.

—Como desee, excelencia. Pero el tiempo apremia.

Cuando se marcharon, Geraldine se volvió hacia Nathaniel.

—No tenía que intervenir.

—Sí, lo tenía que hacer —replicó él sin dejar espacio para discusión—. Ashford no ha venido por papeles. Ha venido a probar qué tan fácil es quebrarla.

Más tarde, Geraldine salió al jardín buscando un respiro. Nathaniel la alcanzó junto a los rosales.

—Debo advertirle algo —dijo él caminando a su lado—. Ashford no actúa solo. Hay hombres en Londres que se beneficiarían de verla caer… y están dispuestos a usar el nombre de su padre para lograrlo.

—¿Qué quieren insinuar sobre mi padre? —preguntó deteniéndose.

Nathaniel se acercó lo suficiente para que ella percibiera el calor de su cuerpo.

—Que si repiten una mentira las suficientes veces, acabarán por creerla.

Un roce accidental de manos al volver a caminar la dejó con el pulso acelerado. Él no lo comentó, pero sus ojos lo dijeron todo.

***

Al día siguiente, Lady Eleanor la llevó a Londres para visitar a Madame Lefevre, la modista más reputada de la temporada. Entre sedas y gasas, Geraldine se sintió un maniquí más. Mientras probaba un vestido azul profundo, dos jóvenes damas cuchicheaban cerca.

—Dicen que el duque de Ravenshire pasa demasiado tiempo en Weinthrot Hall —susurró una.

—Y que no es por asuntos de negocios —respondió la otra con una risita.

Geraldine mantuvo la cabeza erguida, fingiendo no escuchar, pero la sangre le ardía bajo la piel.

De regreso a la casa, encontró en su escritorio un sobre sin remitente. Dentro, un papel con letras recortadas de periódico: *«Si aparece en el baile, no saldrá de él intacta».*

Su primer impulso fue ir a su madre, pero algo la detuvo. Guardó la carta en el cajón. Al salir al pasillo, Nathaniel estaba allí, como si la hubiera estado esperando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un tono que no admitía evasivas.

—Nada que deba preocuparle.

Él dio un paso hacia ella, sus ojos fijos en los suyos.

—Me equivoco pocas veces, milady, y ahora mismo sé que miente.

El aire entre ambos se volvió denso, cargado de una tensión que no era solo por la amenaza. Finalmente, Nathaniel habló con voz baja, casi un juramento.

—No permitiré que nadie le haga daño. Ni siquiera si es usted quien me lo pide.

Capítulo 4

La mañana en que el rumor llegó a oídos de Nathaniel, Londres despertaba bajo una capa de niebla densa, como si la ciudad misma quisiera esconder las lenguas viperinas que se movían entre las casas más influyentes.

Él lo escuchó en el club, de labios de un socio que no pudo contener su sonrisa maliciosa al repetirlo: lady Geraldine Weinthrot estaba comprometida con su primo.

El impacto fue inmediato, como un golpe seco en el pecho. Nathaniel no era un hombre de dejarse llevar por habladurías, pero el tono triunfal con el que aquello fue pronunciado encendió todas sus alarmas.

No tardó en abandonar el club y montar en su caballo, con una urgencia que apenas disimuló. Las calles se abrían y cerraban ante él, y cada latido le repetía el nombre de ella.

¿Qué había hecho Geraldine para verse envuelta en semejante humillación pública? Y más importante aún… ¿Por qué sentía en su interior un deseo tan feroz de protegerla, aunque ello significara exponerse él mismo?

Cuando llegó a la residencia de los Weinthrot, la abuela de

Geraldine estaba en el salón, recibiendo a un par de damas que fingían cortesía mientras evaluaban la verdad del rumor. Nathaniel apenas inclinó la cabeza ante ellas y exigió verla.

La joven apareció en el umbral del pasillo, pálida y con el mentón alzado, como si cada mirada inquisitiva fuera un dardo que debía soportar.

—¿Es cierto? —preguntó Nathaniel sin rodeos, con la voz grave, cargada de una emoción que no se atrevía a nombrar.

Geraldine lo sostuvo con la mirada, sintiendo cómo las palabras se agolpaban en su garganta. No era miedo lo que la paralizaba, sino la certeza de que, dijera lo que dijera, nada volvería a ser igual.

—No. —Su respuesta fue firme, aunque sus manos, ocultas tras los pliegues de su falda, temblaban—. No lo es. Pero mi primo… está decidido a hacer que todos lo crean.

Nathaniel dio un paso hacia ella, y la distancia que los separaba se volvió insoportablemente corta. Podía ver el brillo de ira y vergüenza en sus ojos.

—Dime qué ha hecho exactamente.

Geraldine tragó saliva. —Ha dicho a medio Londres que la boda será en verano. Que mi padre le dio su bendición antes de morir.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en un lago tranquilo. Nathaniel se sintió repentinamente sofocado. Sabía que esa mentira era más que una simple afrenta: era un intento deliberado de encadenarla.

—No voy a permitirlo —dijo él en un tono bajo pero cargado de promesa.

—¿Y qué piensa hacer lord Nathaniel? —preguntó ella con un destello de desafío—. ¿Acaso cree que puede enfrentar el peso de los rumores con solo su palabra?

—No con mi palabra —replicó él avanzando un paso más, hasta

que ella tuvo que inclinar el rostro para sostener su mirada—. Sino con mis acciones.

La abuela, notando la tensión, decidió intervenir con una tos seca. —Geraldine, acompáñame al salón. Lord Nathaniel, supongo que ha venido con una razón legítima para irrumpir así.

Pero él no se movió. —He venido porque me niego a que se mancille su nombre.

La abuela lo escrutó, como intentando descifrar si aquella determinación nacía de un sentido del deber… o de algo mucho más peligroso.

Geraldine, por su parte, sentía que el corazón le golpeaba contra las costillas. No entendía por qué la intensidad de Nathaniel la afectaba de esa manera, por qué su cercanía le hacía olvidar la rabia que sentía contra todo y todos.

—Podríamos hablar… en privado —dijo ella finalmente, y condujo a Nathaniel hacia la biblioteca.

Una vez allí, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella. —No debe involucrarse en esto.

—Ya lo estoy —contestó él acercándose hasta que apenas un palmo los separaba—. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras ese hombre destruye su reputación.

—¿Y qué me propone? ¿Un duelo en Hyde Park? —ironizó, aunque su voz carecía de verdadera burla.

Nathaniel inclinó la cabeza. —Si fuera necesario, sí.

Hubo un silencio denso. Afuera, el rumor de las ruedas de los carruajes pasaba como un eco distante. Dentro, solo quedaban ellos dos, atrapados en una tensión que parecía crecer con cada respiración.

—No es su lucha —murmuró Geraldine.

—Es la mía desde el momento en que lo escuché —replicó él—. Y

si no me lo permite… la tomaré como tal de todas formas.

El gesto de Geraldine osciló entre la incredulidad y una chispa de algo que prefería no nombrar. Y entonces, como si la gravedad misma los empujara, Nathaniel dio un paso final y tomó su mano. Sus dedos se entrelazaron con los de ella, firmes, cálidos.

—Prométame que no va a aceptar nada que él diga. Prométame que no se rendirá.

Ella lo miró largo rato, sintiendo que aquel contacto encendía algo en su interior. Finalmente, asintió.

—Lo prometo.

Nathaniel sonrió apenas, un gesto que fue más un suspiro que una muestra de alegría, pero suficiente para dejar claro que no pensaba apartarse de su lado.

Y mientras las sombras de la tarde comenzaban a alargarse en la biblioteca, ambos comprendieron que la guerra contra el primo había comenzado… y que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 5

El rumor sobre el falso compromiso no había hecho sino avivar la curiosidad de la sociedad londinense, y en los días siguientes, Geraldine y Nathaniel parecían encontrarse, por designio o casualidad, en todos los lugares en los que se reunía la élite.

A veces era un paseo por el parque, otras una visita a una tienda de libros o un café en alguna elegante calle adoquinada.

No había gesto suyo que no fuese observado, comentado y adornado con nuevas versiones del escándalo.

Geraldine, aunque incómoda, comenzaba a encontrar en Nathaniel una presencia tranquilizadora. Él parecía entender sus silencios, adelantarse a sus movimientos, y aunque rara vez tocaba su mano en público, la forma en que se inclinaba para escucharla o le sostenía la mirada hablaba de una complicidad tácita.

—Están hablando de nosotros —murmuró ella una tarde mientras caminaban junto al lago de Hyde Park.

—Que hablen —replicó él con calma sin apartar la vista del horizonte—. Mientras lo hagan, quizá su primo se vea obligado a actuar antes de lo que desea.

Ella frunció el ceño, pero no preguntó más.

***

La invitación al teatro llegó esa misma mañana, enviada por una dama que parecía ansiosa de tenerlos entre su selecta audiencia.

Geraldine dudó en aceptar, pero Nathaniel la convenció con una sola frase:

—Estaremos rodeados de testigos. No podrá hacer nada.

La noche de la función, Londres se vistió de gala. Los carruajes formaban una fila interminable frente al teatro, las luces doradas iluminaban la fachada, y el aire estaba impregnado de perfume y expectación.

Nathaniel la ayudó a bajar del carruaje, y el murmullo del público al verlos juntos fue casi tan fuerte como el tintineo de los candelabros.

Entraron al vestíbulo y avanzaron hacia sus asientos. Geraldine llevaba un vestido de seda azul profundo que realzaba el brillo de sus ojos; Nathaniel, impecable en su frac, parecía más un guardián que un acompañante.

La obra estaba por comenzar cuando él lo vio. De pie, al otro lado del pasillo, el primo de Geraldine observaba con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

Nathaniel sintió cómo el calor le subía al rostro, y aunque Geraldine le susurró que lo ignorara, no pudo hacerlo.

En el entreacto, mientras los invitados se mezclaban en el salón, el primo se acercó con paso calculado.

—Lady Geraldine —dijo inclinando la cabeza—. Espero que mi prometida esté disfrutando de la velada.

Geraldine abrió la boca para responder, pero Nathaniel dio un paso al frente.

—Creo que ha quedado claro que no es su prometida —dijo con

voz baja, casi un gruñido.

El primo arqueó una ceja. —¿Y quién lo dice? ¿Usted? No tiene autoridad para…

Las palabras quedaron colgando en el aire cuando Nathaniel lo empujó con fuerza suficiente para que diera un paso atrás.

Hubo un murmullo entre los presentes; algunos se acercaron, otros fingieron no mirar.

—Le advierto que no vuelva a mancillar el nombre de esta dama —dijo Nathaniel, el puño cerrado.

El primo sonrió, pero no con diversión. —¿Y si lo hago?

Nathaniel no respondió con palabras. El golpe fue rápido, certero, y el primo cayó hacia atrás, derribando una bandeja de copas.

El caos estalló. Varios caballeros intervinieron para separarlos, pero no antes de que el primo alcanzara a devolverle el golpe, abriéndole el labio.

Geraldine, atónita, apenas pudo reaccionar cuando Nathaniel fue sujetado por dos hombres, aun forcejeando.

—¡Basta! —exclamó ella, su voz firme resonando sobre el murmullo creciente—. ¡Basta ya!

El primo se acomodó la chaqueta, la mirada clavada en ella. —Esto no ha terminado, Geraldine.

Nathaniel quiso avanzar de nuevo, pero ella lo detuvo con una mano en el brazo.

—Por favor —le susurró sin apartar la vista de su primo—. No aquí.

Finalmente lo soltaron, y el resto de la velada transcurrió en un incómodo silencio. Al salir del teatro, Nathaniel apenas habló. Geraldine, por su parte, sentía que las piezas no encajaban.

¿Por qué su primo estaba tan decidido a casarse con ella? Era un hombre con fortuna propia, con contactos… y sin embargo, parecía

dispuesto a destruirlo todo por reclamarla.

Mientras el carruaje avanzaba por las calles oscuras, Geraldine se permitió una última mirada hacia Nathaniel.

En su perfil tenso y el labio ensangrentado había una promesa silenciosa: no permitiría que aquel hombre la reclamara, aunque tuviera que enfrentar al mundo entero.

Capítulo 6

La mañana después del escándalo en el teatro, Londres despertó con un nuevo banquete de rumores. Los periódicos sensacionalistas no tardaron en imprimir versiones exageradas del incidente, adornadas con titulares en letras enormes:

«Lord Nathaniel defiende el honor de una dama con sus puños» y «Escándalo en el teatro: duelo de caballeros por Lady Geraldine».

Algunas caricaturas lo mostraban como un héroe romántico, blandiendo el bastón contra su rival; otras lo reducían a un salvaje incapaz de contenerse en público.

Para Geraldine, la jornada se convirtió en una interminable procesión de miradas inquisitivas. Las damas que días antes la saludaban con sonrisas y reverencias, ahora la observaban de lejos, sus abanicos agitados con un nerviosismo estudiado.

Un par de conocidas, demasiado hipócritas para ocultar su curiosidad, le hicieron preguntas directas con la suavidad venenosa de quien aparenta preocupación.

La abuela, rígida como el mármol, pasó la mañana escribiendo cartas de tono diplomático, intentando «aclarar» lo ocurrido. Sin embargo, la experiencia le decía que una vez el rumor prendía, la

verdad se convertía en un accesorio irrelevante. Su gesto preocupado no escapó a Geraldine, quien, aunque agradecida por el esfuerzo, sabía que la sombra de lo sucedido seguiría pesando.

Nathaniel, mientras tanto, recibió una invitación inusual: una cita privada con Lady Clarisse Kensington y Lady Desdémona Hawthorne.

No se trataba de damas cualquiera. Eran, sin exagerar, dos de las mujeres más influyentes y temidas de Londres, capaces de levantar o arruinar reputaciones con un par de frases bien colocadas en un salón de té.

La reunión se celebró en el salón principal de Lady Desdémona, un lugar diseñado para impresionar: altos ventanales cubiertos por cortinas de brocado color marfil, paredes tapizadas con seda de un tono cálido y un delicado aroma a jazmín que impregnaba el aire.

En una esquina, un piano de cola permanecía cerrado, como si aguardara una velada especial.

Lady Clarisse fue la primera en hablar, tras recibirlo con una inclinación de cabeza.

—Lord Nathaniel, agradecemos que haya aceptado nuestra invitación con tan poca antelación. No solemos convocar caballeros a solas… pero este es un asunto que no admite demora.

—Imagino que se trata de Lady Geraldine —contestó él con un tono grave que revelaba que ya había anticipado la naturaleza del encuentro.

Lady Desdémona le ofreció té, pero no esperó a que lo aceptara antes de proseguir.

—Hemos oído lo sucedido en el teatro. La versión que circula entre la alta sociedad, y la que nos han contado testigos de confianza, difieren en matices, pero en ambas queda claro que usted defendió a la señorita.

Nathaniel mantuvo la mirada fija en ellas.

—No podía quedarme al margen mientras ese hombre insultaba su nombre.

Lady Clarisse intercambió una mirada con su amiga antes de hablar.

—Ese «hombre» no es un rival cualquiera. Es el primo de Geraldine, y aunque intenta proyectar la imagen de un heredero intachable, sabemos que su fachada es frágil.

Lady Desdémona asintió lentamente.

—Hemos escuchado rumores sobre deudas… considerables. Y no solo con prestamistas legales, sino con individuos cuya reputación es lo bastante turbia como para no ser mencionada en sociedad.

Nathaniel frunció el ceño.

—¿Insinúan que su interés por Geraldine tiene que ver con…?

—Con mucho más que un afecto familiar —interrumpió Lady Clarisse—. Si logra comprometerla antes de que se abra el testamento y pase el luto, tendrá acceso inmediato a todo lo que ella herede. Y créame, Lord Nathaniel, hay quienes estarían dispuestos a destruir la vida de una dama para asegurarse de eso.

El silencio que siguió fue denso, interrumpido solo por el delicado tintineo de una cucharilla contra la porcelana. Nathaniel comprendía que no se trataba de un chisme inofensivo, sino de un verdadero aviso.

—¿Qué esperan de mí? —preguntó finalmente, aunque en su interior ya conocía la respuesta.

—Que la proteja —respondió Lady Desdémona sin rodeos—. No solo de su primo, sino de cualquier situación que él pueda manipular. Que esté a su lado en todo momento y que, si es posible, averigüe qué más oculta.

Lady Clarisse inclinó levemente la cabeza.

—Y que sepa que no está solo. Geraldine tiene amigas con

recursos y contactos… y ahora, usted también.

Nathaniel asintió despacio, la mandíbula apretada.

—No descansaré hasta saber la verdad. Y cuando la sepa… me aseguraré de que no pueda usarla contra ella.

***

Horas después, Nathaniel se encontraba frente a la casa de los Weinthrot. Desde su posición en la calle, podía ver a Geraldine en el jardín.

Estaba sentada en un banco de hierro forjado, un libro abierto sobre las rodillas, pero sus ojos no seguían las líneas impresas; se perdían en algún pensamiento lejano.

El viento suave movía los mechones sueltos de su cabello, y Nathaniel sintió un impulso casi irracional de cruzar el portón y sentarse a su lado. Pero no lo hizo.

No todavía.

La conversación con Lady Clarisse y Lady Desdémona había dejado claro que no se trataba solo de proteger su reputación: había algo más en juego, algo que él aún no alcanzaba a ver del todo.

Y hasta descubrirlo, debía permanecer alerta, incluso si eso significaba observarla desde las sombras.

Mientras la última luz del día se filtraba entre las ramas, Nathaniel juró en silencio que, pasara lo que pasara, no permitiría que su primo ganara. Ni siquiera si tenía que enfrentarse solo a toda la sociedad para impedirlo.

Capítulo 7

El picnic campestre organizado por la marquesa de Ashbury era uno de los eventos más esperados de la temporada. Se celebraba cada año, justo cuando la primavera londinense alcanzaba su máximo esplendor, en una vasta pradera junto al río. Toldos de lino blanco ondeaban suavemente con la brisa, las mesas rebosaban de delicados manjares y jarras de limonada, y un cuarteto de cuerdas tocaba discretamente bajo la sombra de un roble centenario.

La élite londinense, vestida para impresionar, paseaba por el césped bien cuidado con sonrisas impecables y conversaciones ligeras.

Geraldine había aceptado asistir solo por insistencia de su abuela. «Debes dejar que la sociedad te vea tranquila y dueña de ti misma», le había dicho esa mañana. Pero el peso del escándalo en el teatro aún flotaba en el ambiente, y cada paso que daba bajo el sol parecía seguido por decenas de ojos curiosos.

El vestido que llevaba, de muselina crema con bordados en azul, era ligero y elegante, pero nada podía aliviar la opresión que sintió en el pecho al ver a su primo al otro lado de la pradera. Él, impecable en su traje beige, conversaba animadamente con un

grupo de caballeros, pero en cuanto la vio, su atención se centró por completo en ella. Su sonrisa se ensanchó con una familiaridad que a Geraldine le revolvió el estómago.

—Lady Geraldine —dijo al acercarse inclinándose con exagerada cortesía—. Qué afortunado soy al encontrarme con mi futura esposa en un día tan espléndido.

Geraldine apretó los labios.

—No soy su esposa, ni lo seré.

—Ah, modestia… —rio él, aunque su mirada se endureció—. No hay necesidad de fingir, querida. Todo el mundo sabe que es cuestión de tiempo.

Intentó apartarse, pero él se movió a su paso, acortando la distancia entre ellos. Al principio, sus palabras fueron de cortesía fingida, pero pronto comenzaron a deslizarse hacia insinuaciones más atrevidas: lo encantador que sería verla «vestida de blanco», lo ansioso que estaba por «compartir su vida y su hogar». Sus comentarios eran lo bastante claros para incomodar incluso a los oyentes cercanos.

Lady Haversham, que se encontraba a pocos pasos, frunció el ceño.

—Señor, creo que está sobrepasando los límites del decoro.

El primo sonrió, ladeando la cabeza.

—Solo expreso mi aprecio por mi prometida.

—No soy su prometida —repitió Geraldine, esta vez en un tono firme que atrajo la atención de varios presentes.

Lord Ashbury, anfitrión del evento, se acercó con gesto serio.

—Tal vez sería prudente moderar sus palabras, señor.

Pero el primo, en lugar de retroceder, inclinó el rostro hacia Geraldine, tan cerca que ella pudo sentir su aliento.

—No olvide, prima, que nos unen la sangre y los deseos de tu

difunto padre —murmuró lo bastante bajo para que otros no oyeran.

Geraldine sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—No se atreva a invocar el nombre de mi padre para sus fines.

Él rio suavemente y, sin previo aviso, tomó su brazo con fuerza.

—Tenemos que hablar… en privado.

—Suélteme —exigió ella intentando liberarse, pero su agarre se endureció.

El forcejeo no pasó desapercibido. Varias damas soltaron exclamaciones de desaprobación, y un par de caballeros, entre ellos Lord Ashbury, dieron un paso al frente.

—Señor, está comportándose de manera inapropiada —advirtió Ashbury, su tono ya más firme.

—No es asunto de nadie más —replicó el primo comenzando a arrastrar a Geraldine hacia una arboleda cercana.

Ella luchó por soltarse, el corazón golpeándole en el pecho. Sentía que cada segundo la acercaba a una situación de la que no podría salir sin un escándalo aún mayor. Y entonces, una voz profunda resonó sobre el murmullo creciente.

—Ella ha dicho que la suelte.

Nathaniel emergió de entre los invitados con paso firme, su altura y porte imponiéndose de inmediato. El sol, filtrándose entre las hojas, dibujaba sombras sobre su rostro, resaltando la dureza de su expresión.

No apresuró el paso; cada zancada estaba medida, controlada, pero la tensión en sus hombros y en la línea rígida de su mandíbula hablaba de una furia contenida.

—No es asunto suyo —insistió el primo, aunque su voz vaciló levemente.

—Lo es desde el momento en que una dama es obligada contra su voluntad —respondió Nathaniel situándose frente a él.

El primo sostuvo su mirada por un instante, intentando un desafío que no logró mantener. Finalmente, soltó a Geraldine con un gesto brusco.

Nathaniel no levantó la voz ni alzó el puño, pero el silencio que se instaló entre ellos fue más elocuente que cualquier golpe.

—Agradezca que hay damas presentes —murmuró, lo bastante bajo para que solo él lo escuchara.

El primo se inclinó hacia él, en un gesto que pretendía ser amenazante.

—Esto no ha terminado.

—No —replicó Nathaniel con frialdad—. No ha hecho más que empezar.

Ofreció su brazo a Geraldine, que lo aceptó con un temblor que no pasó desapercibido para él. A su alrededor, los murmullos crecían, damas y caballeros intercambiaban miradas de desaprobación hacia el primo.

Mientras se alejaban, Nathaniel se inclinó ligeramente hacia ella.

—No volverá a ponerle una mano encima —dijo, y en su voz no había lugar para la duda.

Geraldine no respondió, pero la presión cálida de su mano sobre el brazo de él fue suficiente para que supiera que, al menos por ese momento, se sentía a salvo.

Capítulo 8

La mañana siguiente al picnic, Londres no hablaba de otra cosa. El incidente había cruzado salones, clubes y tertulias con la velocidad de un incendio.

Los periódicos lo adornaban con versiones contradictorias: algunos pintaban al primo de Geraldine como un caballero apasionado que defendía su derecho a cortejarla; otros lo retrataban como un hombre arrogante y posesivo, humillado en público por la intervención de Lord Nathaniel.

Geraldine, que había intentado refugiarse en la lectura para ignorar la tormenta, fue convocada al salón por su abuela. El aire olía a té recién servido y a algo más: la tensión espesa que precede a una conversación que cambiará el curso de las cosas.

—Siéntate, Geraldine —dijo la anciana con un tono que no admitía réplica.

Geraldine obedeció. Durante un instante, solo escuchó el tictac del reloj de pie y el roce de la porcelana al chocar contra el platillo.

—No puedo seguir fingiendo que no sé lo que pasa —comenzó la abuela—. He escuchado lo que ocurrió ayer. Tu primo ha sobrepasado los límites más de una vez, pero lo de ayer... ha

cruzado una línea que no toleraré.

Geraldine respiró hondo.

—Abuela… hay algo que debo decirle. Algo sobre padre.

La anciana la miró fijamente, con una mezcla de expectación y dolor. Geraldine continuó, con la voz cargada de emoción, contándole los últimos días de su padre, la forma en que el primo había comenzado a rondar incluso antes de su muerte, y cómo usaba el nombre de su padre para legitimar sus intenciones.

Cuando terminó, las manos de la anciana temblaban ligeramente sobre el regazo.

—Hay algo que tú no sabes —dijo finalmente, con voz baja—. Algo que callé durante años por vergüenza y por proteger a la familia.

Se levantó, caminó hasta una cómoda antigua y sacó de un cajón una pequeña caja de madera. La abrió y extrajo una carta amarillenta por el tiempo.

—Hace años, tu primo tuvo un romance con una joven de buena familia. La dejó embarazada. —La abuela apretó la carta entre los dedos—. Para evitar el escándalo, se corrió la voz de que ella era una fulana cualquiera, una buscadora de fortuna. Nadie la defendió. Fue expulsada de su casa y se perdió todo rastro de ella. El niño… nunca fue reconocido.

Geraldine sintió un nudo en el estómago.

—¿Mi padre lo sabía?

—Sí, y fue él quien lo envió lejos durante un tiempo para evitar un daño mayor a nuestro apellido. Pero yo siempre supe que no había aprendido la lección. —La anciana alzó la vista, la mirada encendida de determinación—. No permitiré que te conviertas en su próxima víctima.

Sin perder tiempo, llamó a un criado.

—Envíe un mensaje inmediato a Lord Nathaniel. Diga que venga

de inmediato. Es urgente.

***

Nathaniel llegó menos de una hora después. Su porte, habitualmente contenido, estaba cargado de alerta. Escuchó en silencio todo el relato, tanto de Geraldine como de la abuela, y al final se inclinó hacia la anciana.

—Necesito el nombre de esa mujer —dijo con voz grave—. Y cualquier detalle que recuerde.

La anciana le entregó la carta. Nathaniel la leyó, reconociendo en la caligrafía un rastro de desesperación apenas contenido.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos —añadió—. Un viejo amigo en Scotland Yard.

Se levantó y se dirigió a un escritorio cercano, donde comenzó a escribir una misiva. Sus trazos eran rápidos, precisos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Geraldine.

—Tirar del hilo —respondió él sin mirarla—. Y encontrarla, si sigue con vida.

***

Esa misma noche, en su despacho, Nathaniel recibió la respuesta de su contacto: había registros dispersos, rumores que hablaban de una mujer que se trasladó al norte, y de un niño cuya identidad nadie reclamó jamás.

Nathaniel dejó el papel sobre la mesa y apoyó las manos sobre el borde, mirando la oscuridad más allá de la ventana.

Si lo que intuía era cierto, el primo de Geraldine había hecho

mucho más que cometer un error de juventud. Y lo que estaba por descubrir podría cambiarlo todo.

Capítulo 9

El atardecer caía sobre los jardines, tiñendo de oro y carmesí las flores que bordeaban los senderos. Geraldine había buscado un momento de paz en la biblioteca, lejos de las miradas constantes y del murmullo implacable de la sociedad. Estaba de pie junto a la ventana, observando cómo el sol se escondía tras los altos muros de setos, cuando escuchó pasos a su espalda.

—¿Puedo interrumpir? —La voz de Nathaniel, grave y baja, la envolvió como un susurro.

Ella se giró, y la tensión que llevaba días acumulándose se disolvió apenas lo vio.

—Su presencia nunca es una interrupción.

Él se acercó lentamente, como si temiera romper el instante, y tomó entre sus dedos un mechón suelto del cabello de ella.

—He pensado en ti más de lo que debería —confesó tuteándola.

Geraldine sonrió con suavidad.

—¿Y cuánto debería?

—Menos de lo que necesito —respondió, y sus palabras eran una mezcla de ternura y deseo.

El silencio que siguió fue interrumpido solo por el latido acelerado

de ambos. Nathaniel alzó la mano para acariciar su mejilla, y ella, en un impulso, se inclinó hacia él. El beso que compartieron fue lento, lleno de una pasión contenida que, finalmente, les permitió liberarse. Cuando se separaron, ambos sabían que, más allá del escándalo y de las intrigas, había algo entre ellos que no podían negar.

***

Dos días después, Nathaniel se reunió con su viejo amigo en Scotland Yard, el inspector Halford. El despacho olía a tabaco y cuero viejo, y sobre la mesa descansaban varios legajos de papeles.

—He rastreado a la mujer que mencionaste —dijo Halford—. Se trasladó al norte hace más de una década. Hay registros dispersos, pero nada concreto sobre el niño.

—Necesito encontrarla —dijo Nathaniel con firmeza—. Y necesito hacerlo antes de que mi adversario se entere.

—Para eso requeriremos ayuda fuera del ámbito policial —respondió Halford—. Alguien que pueda moverse entre salones y despachos sin levantar sospechas.

***

Fue así como, esa misma tarde, Nathaniel acudió a Lady Desdémona y Lady Clarisse. Las encontró en el salón de la primera, conversando junto a una mesa de té.

—Lord Nathaniel —lo saludó Lady Clarisse con su habitual media sonrisa—. Supongo que no ha venido solo por cortesía.

Nathaniel les explicó la situación. Ambas damas escucharon sin interrumpir, intercambiando miradas cargadas de significado.

—Podemos ayudarle —dijo Lady Desdémona al fin—. Conocemos a las personas adecuadas y sabemos cómo obtener la información que necesita sin que nadie sospeche.

—Y lo haremos —añadió Lady Clarisse—. Por Geraldine.

***

Pasaron algunos días antes de que el destino volviera a girar con violencia. Aquella noche, una tormenta se abatía sobre Londres. La lluvia golpeaba los ventanales y el viento ululaba por los corredores de la casa de los Weinthrot cuando un golpe insistente resonó en la puerta principal.

El mayordomo abrió para encontrar al primo de Geraldine, empapado y con gesto contrito.

—Mi carruaje sufrió una avería a mitad de camino —explicó—. No es seguro viajar con este clima. Les ruego que me permitan pasar la noche.

La abuela dudó, pero finalmente accedió por protocolo.

—Una habitación para Lord Henry —ordenó al mayordomo sin ocultar su disgusto.

El resto de la noche transcurrió en silencio aparente, roto solo por el retumbar de los truenos. Fue cerca de la medianoche cuando una sirvienta, enviada a entregar un recado, tocó la puerta de la habitación de Geraldine. No obtuvo respuesta. Tras insistir, entró… y encontró la estancia vacía.

El libro que Geraldine había estado leyendo yacía abierto sobre la cama, como si hubiera sido dejado a toda prisa. La sirvienta revisó el pasillo, luego el jardín cubierto por la lluvia, y finalmente informó a la abuela que no había rastro de la joven.

La búsqueda recorrió toda la casa. El único que no se había

movido de su habitación era el primo, quien, al ser informado, arqueó una ceja con fingida sorpresa.

—¿Desaparecida? —repitió—. Qué asunto tan… inquietante.

Y mientras la tormenta arreciaba, la casa entera se sumió en un silencio cargado de temor, con una única certeza: Geraldine no estaba en ninguna parte.

Capítulo 10

La tormenta rugía como un animal enfurecido cuando Nathaniel llegó a la residencia de los Weinthrot. El cielo, desgarrado por relámpagos, iluminaba por instantes la fachada señorial. La lluvia azotaba con furia el camino de grava, formando charcos que salpicaban sus botas con cada paso apresurado.

Apretó el abrigo contra el cuerpo, sintiendo el agua helada colarse por el cuello, pero nada importaba salvo una pregunta: ¿Dónde estaba Geraldine?

No había esperado recibir un mensaje así: *«Geraldine ha desaparecido. Venga de inmediato».* El papel aún estaba en su bolsillo, empapado y arrugado, como si quisiera recordarle la urgencia de cada segundo perdido.

El mayordomo lo recibió con el rostro desencajado, la respiración agitada.

—Lord Nathaniel… gracias a Dios que ha venido.

—¿Dónde está? —preguntó él con voz grave y cortante.

—No lo sabemos, señor. Hemos buscado en toda la casa: habitaciones, cocina, sótano, incluso el invernadero. No hay rastro de ella.

La abuela apareció en el pasillo, envuelta en un chal oscuro que no lograba ocultar el temblor de sus manos.

—Nathaniel, por favor… encuentre a mi nieta.

Él asintió, y en ese gesto había una promesa silenciosa.

Sin perder tiempo, subió las escaleras y se dirigió a la habitación que se le había asignado al primo. Golpeó la puerta una sola vez antes de entrar sin esperar respuesta. Este estaba sentado junto a la chimenea, con una copa de brandy en la mano y una expresión de falsa sorpresa.

—Qué visita tan intempestiva, lord Nathaniel —dijo con una sonrisa que no tocaba sus ojos—. ¿A qué debo el honor?

Nathaniel se mantuvo de pie, imponente.

—¿Dónde está Geraldine?

—No lo sé —respondió alzando los hombros—. Aunque no me sorprendería que hubiera huido por vergüenza. Después de todo, se ha visto demasiado en su compañía… y ya sabe cómo es la sociedad.

La mandíbula de Nathaniel se tensó, y sus ojos se oscurecieron como la noche fuera.

—Si descubro que ha tenido algo que ver…

—¿Me amenazará? —lo interrumpió, esbozando una sonrisa burlona—. Qué poco elegante.

Nathaniel se inclinó hacia él, la voz baja y letal.

—No sería una amenaza. Sería una promesa.

Salió antes de dejarse llevar por la furia, cerrando la puerta con un golpe que hizo vibrar el marco.

La habitación de Geraldine estaba envuelta en un silencio extraño. Las cortinas se movían levemente por una corriente de aire, y la luz temblorosa de las velas proyectaba sombras inquietas en las paredes. Sobre la cama, un libro abierto descansaba como si hubiera

sido dejado a toda prisa, sus páginas arrugadas por la humedad.

Fue entonces cuando Nathaniel vio la nota, doblada con cuidado sobre la mesilla. La tomó y reconoció al instante la caligrafía… o algo que intentaba imitarla.

«Me marcho para no mancillar el apellido familiar. He cometido un acto imperdonable y no puedo quedarme. Perdónenme. —G.»

La implicación era clara: sugería que Geraldine estaba embarazada. Un golpe bajo y calculado para destruir su reputación.

Nathaniel leyó las líneas varias veces, cada palabra grabándose en su mente. Pero algo no encajaba. La letra, aunque parecida, tenía trazos inseguros, como si la mano que la escribía no estuviera acostumbrada a esa forma. La tinta estaba aún fresca. Y lo más revelador: sobre el respaldo de la silla descansaba la bata de Geraldine. Sus zapatillas de noche habían desaparecido, pero no había prendas para soportar una noche fría y lluviosa.

Geraldine no se había marchado por voluntad propia.

Nathaniel salió al pasillo con pasos largos y decididos, la nota apretada en su puño. La casa estaba en movimiento: criados cruzaban de un lado a otro con lámparas, la abuela daba órdenes en voz firme, y el mayordomo organizaba grupos de búsqueda para revisar los terrenos.

De pronto, un sonido se coló entre el estruendo de la lluvia: el golpeteo rítmico de ruedas sobre la grava, mezclado con el retumbar de un trueno. Nathaniel corrió hacia una ventana lateral, apartó la cortina y vio, entre la cortina de agua, la silueta de un carruaje alejándose. La luz de una linterna oscilaba antes de perderse tras la verja.

Apretó la nota hasta arrugarla por completo. No creía ni una

palabra de lo escrito. No ella. No así.

—Te encontraré, Geraldine —murmuró, más para sí que para cualquiera que pudiera oírlo.

La tormenta rugió con más fuerza, como si respondiera a su juramento. En la distancia, la noche se tragaba el último destello de luz del carruaje.

Capítulo 11

El primer sonido que escuchó fue el repiqueteo constante de la lluvia contra un tejado cercano. Un trueno retumbó a lo lejos, y por un instante, Geraldine creyó que seguía en su habitación. Pero al abrir los ojos, la ilusión se desvaneció.

Estaba tumbada sobre un catre estrecho, cubierto por una manta áspera que le raspaba la piel. La habitación era fría, las paredes de madera oscura, y una única ventana alta dejaba pasar una luz grisácea filtrada por la tormenta. El aire olía a humedad y a polvo viejo.

Se incorporó lentamente, el corazón golpeando en su pecho. Todo era desconocido. La última vez que había estado consciente…

Cerró los ojos y la memoria volvió de golpe.

Estaba leyendo en su habitación, intentando distraerse del ambiente tenso que había traído la presencia de su primo en la casa. La tormenta ya rugía fuera, cuando un sonido suave pero desgarrador llegó hasta ella: el llanto de un niño. Al principio pensó que era el eco del viento, pero volvió a escucharlo, más claro, en el pasillo.

Dejó el libro a un lado, se puso de pie y, aún con la bata puesta,

salió al corredor. El llanto venía de más allá de la escalera. Aceleró el paso, sin pensar en nada más que en consolar a aquella pequeña voz.

Giró en una esquina y lo vio: un niño de no más de seis años, de pie junto a una ventana, con las mejillas mojadas por lágrimas. Estaba solo, temblando.

—¿Estás perdido? —le preguntó con suavidad agachándose para quedar a su altura.

El niño asintió, frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—Ven, vamos a buscar a… —No terminó la frase.

Un movimiento a su espalda, un olor dulzón, y luego la oscuridad.

***

Ahora, el mismo niño estaba frente a ella, aunque mantenía cierta distancia. Sus ojos grandes y oscuros la observaban con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Vestía ropas sencillas y estaba descalzo.

—Hola —dijo Geraldine con cautela intentando no asustarlo—. ¿Sabes dónde estamos?

El niño ladeó la cabeza.

—En la casa.

—¿La casa? —repitió ella sin comprender—. ¿De quién?

Él encogió los hombros.

—De papá.

Geraldine tragó saliva.

—Escúchame… Si alguien te ha dicho que van a pedir dinero por mí, no va a servir. Mi familia no tiene esa clase de dinero.

El niño frunció el ceño, como si su comentario le pareciera extraño.

—Claro que sí. Papá dijo que sí lo tienen. Él me lo aseguró.

Geraldine sintió un escalofrío. Se inclinó un poco hacia adelante, con la voz suave pero insistente.

—¿Y cómo se llama tu papá?

El niño parpadeó, dudando. Luego, en un susurro apenas audible, respondió… Y el nombre que pronunció hizo que el corazón de Geraldine se detuviera por un instante.

Capítulo 12

El barro salpicaba hasta las crines del caballo mientras Nathaniel avanzaba por el camino angosto, la tormenta rugiendo a su alrededor.

Había partido apenas minutos después de ver el carruaje perderse tras la verja, y cada segundo transcurrido desde entonces le pesaba como una condena.

El agua helada le calaba la ropa, pero él solo pensaba en una cosa: Geraldine.

Llevaba la nota en un bolsillo interior, arrugada y húmeda, como un recordatorio constante de que aquello era una trampa. El primo estaba implicado, de eso no tenía dudas, aunque aún no podía probarlo.

Lo que no entendía era el motivo exacto… y temía descubrirlo demasiado tarde.

Se detuvo junto a un guardia en un portón de madera.

—¿Ha pasado un carruaje por aquí? —preguntó alzando la voz sobre el viento.

El hombre lo miró de arriba abajo antes de asentir.

—Sí, hace menos de una hora. Iba rápido. No se detuvo.

Nathaniel espoleó al caballo y siguió el rastro, sintiendo cómo la desesperación se mezclaba con la rabia. No podía permitirse perderla.

***

En la habitación donde Geraldine estaba retenida, la tormenta sonaba más lejana, pero su eco se filtraba por las rendijas de las paredes. El niño seguía allí, observándola desde el otro lado de la estancia, como si no supiera si debía acercarse o huir.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó ella con suavidad.

El niño encogió los hombros.

—Desde siempre.

Geraldine frunció el ceño.

—¿Y quién más vive en esta casa?

—Hombres —respondió después de una pausa—. Y papá. Dice que pronto todo será como antes.

Sus palabras la inquietaron. *«Como antes»* … ¿Qué quería decir con eso?

—Escucha —dijo acercándose un poco—. Si están aquí para pedir un rescate, no tiene sentido. Mi familia no puede pagar mucho.

El niño la miró con inocencia.

—Sí pueden. Papá me lo dijo.

Geraldine tragó saliva. Algo se movía detrás de esas palabras, un hilo que empezaba a atar las sospechas que llevaba días acumulando. ¿Quién era realmente este niño? ¿Y qué significaba para su captor?

***

Mientras tanto, Nathaniel alcanzó una bifurcación en el camino. Bajó del caballo y examinó el terreno, agachándose para observar las huellas de ruedas que el barro comenzaba a borrar. Escogió el sendero más estrecho, el que se internaba entre árboles, guiándose por instinto.

La lluvia había amainado ligeramente, pero el cielo seguía cubierto. Entre las ramas, un ulular de búho rompió el silencio, seguido por un crujido que lo puso en alerta. No estaba solo.

—¿Quién anda ahí? —gritó girando sobre sí mismo.

Nadie respondió.

***

Geraldine sintió que la observaban. No era el niño, que ahora estaba sentado en el suelo, jugando con un trozo de cuerda. Al girarse, vio una figura en la puerta: un hombre alto, con la cara parcialmente oculta por la sombra, que la miraba sin parpadear.

—Es hora —dijo con voz áspera.

—¿Hora de qué? —preguntó ella retrocediendo.

El hombre no respondió. Avanzó y la tomó del brazo, con firmeza pero sin violencia excesiva. El niño se levantó de un salto.

—¡No! —protestó—. ¡No se la lleven!

Geraldine trató de anclar los pies al suelo, pero el hombre la arrastró hacia el pasillo. Lo último que vio antes de que la puerta se cerrara fue al niño, intentando seguirlos, sus pequeños pies descalzos golpeando el suelo de madera.

***

Nathaniel llegó a un claro y se detuvo. Entre el sonido de las hojas y el murmullo distante del agua, creyó escuchar algo más: una voz infantil, apenas un susurro llevado por el viento.

Se giró, buscando, pero la lluvia volvió a intensificarse, borrando cualquier pista.

Apretó los dientes. Sabía que estaba cerca… pero no lo suficiente.

Y en ese instante, en algún lugar de la misma tormenta, Geraldine desaparecía por un pasillo desconocido, llevada a un destino que ni ella ni Nathaniel podían prever.

Capítulo 13

El bosque estaba cubierto por una niebla baja que se enroscaba entre los troncos, mezclándose con el humo invisible de chimeneas lejanas. Nathaniel avanzaba despacio, guiando a su caballo por un sendero cada vez más estrecho y resbaladizo.

El olor a tierra mojada y hojas podridas impregnaba el aire, y cada crujido bajo las patas del animal se sentía como un eco demasiado fuerte en medio de aquel silencio antinatural.

Llevaba horas rastreando las huellas del carruaje, siguiendo marcas apenas visibles en el barro. El hombro aún le dolía por la tensión de las últimas horas, pero no estaba preparado para lo que vino después.

Un estallido súbito quebró la quietud. Sintió un golpe brutal en el hombro derecho, un dolor abrasador que le arrancó un jadeo ahogado. El mundo se inclinó bajo él. Apenas tuvo tiempo de comprender que lo habían disparado antes de perder el equilibrio y caer del caballo, golpeando la espalda contra el suelo encharcado.

El barro se le pegó al rostro, mezclándose con el sabor metálico de la sangre que subía a su boca. El dolor ardía como fuego líquido, irradiándose por el brazo y el pecho. Intentó rodar, ponerse de pie,

pero una bota se plantó con fuerza sobre su costado, empujándolo de nuevo contra la tierra.

—Levántalo —ordenó una voz áspera, cargada de autoridad.

Dos figuras encapuchadas salieron de entre los árboles. Lo agarraron por los brazos, forzando su cuerpo a moverse a pesar de la herida. Cada paso era una punzada, una amenaza de desmayo. Sentía el calor de la sangre empapando su camisa, pegándose a la piel.

***

En una estancia más amplia que la anterior, Geraldine se giró al escuchar un portazo y voces apresuradas. Su corazón se detuvo al ver cómo traían a Nathaniel: empapado, cubierto de barro, con el rostro contraído por el dolor y el hombro manchado de rojo.

—¡Nathaniel! —el grito escapó de su garganta antes de que pudiera contenerlo.

Quiso correr hacia él, pero una mano áspera la detuvo, empujándola con brusquedad.

—Aléjese —gruñó el guardián.

—¡Está herido! —insistió ella forcejeando.

La respuesta fue un golpe seco en la mejilla que la lanzó contra la pared. El impacto le arrancó el aire de los pulmones, y un dolor punzante se extendió desde el pómulo hasta la sien. Un leve sabor a hierro inundó su boca.

—¡No la toques! —La voz aguda del niño cortó el aire como un cuchillo.

El pequeño, que había permanecido en silencio, se lanzó contra el guardián. Sus pequeñas manos golpearon el abdomen del hombre con toda la fuerza que pudo reunir. Este retrocedió un paso,

sorprendido, antes de fruncir el ceño y levantar la pierna para patearlo.

Fue entonces cuando Geraldine, aún aturdida, vio un objeto sobre una mesa cercana: una vieja lámpara de aceite, de metal pesado. La tomó con ambas manos, sintiendo su peso frío contra la piel.

El guardián estaba a punto de descargar la bota sobre el niño cuando Geraldine gritó y descargó la lámpara contra su sien.

El golpe resonó en la habitación, un sonido seco y contundente. El hombre emitió un gruñido ahogado, sus ojos se desenfocaron y las rodillas cedieron. Cayó pesadamente sobre el suelo de piedra, y el eco del impacto retumbó en las paredes.

Geraldine soltó la lámpara, sus manos temblando sin control. El niño, con los ojos muy abiertos, respiraba agitadamente, como si no pudiera creer lo que acababa de pasar.

Nathaniel, apoyado contra la pared, observaba la escena con una mezcla de orgullo, alivio y urgencia. Tenía el rostro pálido y el sudor perlaba su frente, pero su voz fue firme:

—Tenemos que salir… Ahora.

Ella asintió, aunque sabía que no sería fácil. Afuera, pasos apresurados resonaban en los pasillos y las voces se multiplicaban. La tormenta seguía golpeando contra los muros, y cada trueno parecía sincronizarse con el latido acelerado de su corazón.

Ese instante de victoria sería breve. Muy breve.

Capítulo 14

La lámpara aún humeaba en el suelo cuando Geraldine, con la respiración entrecortada, se giró hacia Nathaniel y el niño.

—¡Tenemos que movernos ahora! —susurró consciente de los pasos que se acercaban.

Nathaniel asintió, aunque su rostro estaba pálido y el hombro le ardía con cada movimiento. El niño corrió hacia una pequeña puerta lateral y la abrió, revelando un pasillo estrecho, apenas iluminado por la luz de una vela.

***

En la casa Weinthrot, la abuela se mantenía erguida frente a su nieto, el primo, cuya expresión era la de un actor en su mejor papel.

—No tengo nada que ver con su desaparición —dijo él extendiendo las manos como si buscara la comprensión de todos.

El inspector Halford, sentado junto a la chimenea, lo observaba en silencio, su mirada fija en cada gesto.

—Y sin embargo —intervino—, usted estaba en la casa la noche en que desapareció. Y no escuchó nada.

—Estaba en mi habitación —respondió—. No es un crimen dormir.

La abuela apoyó las manos sobre el escritorio, inclinándose hacia él

—La paciencia se me está agotando. Y créame, sé cuándo miente.

***

El pasillo se estrechaba, el eco de sus pasos resonando contra las paredes. Geraldine sostenía a Nathaniel por la cintura, sintiendo cómo su peso aumentaba a medida que avanzaban.

—Aguanta —le murmuró—. Ya casi.

Pero un grito detrás de ellos los hizo acelerar. Sombras alargadas se proyectaban contra las paredes: sus perseguidores estaban cerca.

El niño dobló a la izquierda, guiándolos hacia una puerta que daba al exterior. La tormenta rugía más allá, el viento golpeando contra la madera.

***

—Usted sabe más de lo que admite —continuó Halford sacando un papel del bolsillo—. Y hay personas dispuestas a hablar.

El primo arqueó una ceja.

—¿Personas? ¿O inventos suyos?

—Llamémoslo… testigos —replicó el inspector—. Testigos que recuerdan incidentes de su pasado.

La abuela lo miraba sin pestañear, como si intentara atravesar sus defensas con los ojos. Él sostuvo su mirada, pero un leve tic en su mandíbula lo delató.

***

Geraldine empujó la puerta y el viento frío los golpeó de lleno. Afuera, el barro cubría el suelo y la lluvia caía en diagonales furiosas. Apenas habían dado dos pasos cuando una silueta se interpuso en su camino.

Un hombre alto, con una gabardina oscura y un fusil colgado del hombro, los miraba con calma peligrosa.

—¿A dónde creen que van?

Nathaniel apretó la mandíbula, adelantándose un paso pese al dolor. Geraldine sintió al niño aferrarse a su falda.

***

En el salón, un criado entró con un sobre empapado.

—Mensaje urgente para el inspector.

Halford lo abrió, sus ojos recorriendo las líneas rápidamente antes de alzarse hacia la abuela.

—Alguien ha visto un carruaje sospechoso en las afueras. Podría ser ella.

La abuela cerró los puños. El primo, por primera vez, desvió la mirada.

***

Afuera, la tormenta rugía como un animal salvaje. Geraldine, Nathaniel y el niño quedaron inmóviles, el aire cargado de electricidad. La figura frente a ellos dio un paso adelante, bloqueando cualquier posibilidad de escape.

La lluvia golpeaba el suelo como un tambor de guerra. Y en ese instante, todos supieron que lo peor estaba por comenzar.

Capítulo 15

La lluvia caía en ráfagas, empapando la tierra hasta convertirla en un lodazal traicionero. Geraldine, Nathaniel y el niño permanecían inmóviles, enfrentando la silueta oscura del hombre armado que bloqueaba la salida. El fusil colgaba de su hombro, pero su mano descansaba peligrosamente cerca del gatillo.

—Den media vuelta —ordenó con voz grave—. No tienen a dónde ir.

Nathaniel, pálido y con el hombro ensangrentado, se adelantó un paso, interponiéndose entre el hombre y Geraldine.

—Tendrán que matarme antes de que vuelva a dejarla en sus manos.

El hombre sonrió con frialdad.

—Puedo arreglarlo.

Entonces se lanzó hacia adelante.

***

En la casa Weinthrot, Halford se colocó el sombrero y salió al vestíbulo con dos agentes de Scotland Yard. La abuela lo despidió

con un gesto firme, sus ojos brillando con determinación.

—Tráigala de vuelta —dijo.

—Lo haré —respondió Halford, y desapareció bajo la lluvia.

El primo permaneció junto a la chimenea, fingiendo indiferencia. La abuela se volvió hacia él.

—¿Le preocupa que la encuentren? —preguntó con voz cargada de veneno.

—Me preocupa que regrese y siga bajo la influencia de ese… hombre —replicó él evitando su mirada.

—Lo que debería preocuparle —intervino ella acercándose lentamente—, es lo que Halford encontrará cuando la traiga.

Un músculo en la mandíbula del hombre se tensó.

***

La pelea estalló en cuestión de segundos. Nathaniel y el hombre forcejearon en el barro, cada movimiento acompañado por el chapoteo de agua y el gruñido de esfuerzo. Geraldine retrocedió con el niño, buscando una oportunidad para escapar, pero el combate era demasiado cercano.

El arma se disparó, el estruendo mezclados con un trueno. La bala se perdió en la oscuridad. Nathaniel aprovechó el momento para golpear al hombre en el rostro, pero su herida lo debilitaba.

Geraldine, viendo que Nathaniel flaqueaba, tomó una rama caída y arremetió contra el agresor, golpeándolo en el costado. El hombre gruñó, empujándola hacia atrás, pero el impacto dio tiempo a Nathaniel para desarmarlo.

***

Halford y sus hombres avanzaban por un sendero embarrado, siguiendo las huellas que el carruaje había dejado en la tierra blanda. La lluvia les golpeaba el rostro, y el resplandor de sus linternas temblaba en la oscuridad.

—¡Por aquí! —gritó uno de los agentes.

Halford apretó el paso, el barro salpicando sus botas.

***

Nathaniel consiguió arrebatarle el fusil y lo arrojó lejos. El hombre, enfurecido, se lanzó contra él y ambos cayeron nuevamente al barro. El dolor en el hombro de Nathaniel se volvió insoportable, pero se negó a soltarlo hasta dejarlo inconsciente.

Cuando al fin lo logró, se desplomó sobre una rodilla, jadeando. Geraldine se apresuró a sostenerlo por la cintura, mientras el niño se aferraba a su falda.

Fue entonces cuando escucharon un silbato y vieron luces moviéndose entre los árboles. Halford estaba cerca.

Pero antes de que pudieran reaccionar, otra figura emergió de la oscuridad, rápida como una sombra. Se abalanzó sobre el niño, lo levantó en vilo y se lo llevó a rastras.

—¡No! —gritó Geraldine soltando a Nathaniel para correr tras ellos.

El eco de su voz se perdió entre el rugido de la tormenta, mientras el niño desaparecía en la noche.

Capítulo 16

Geraldine corría, el corazón golpeándole contra las costillas. El barro se pegaba a sus botas, las ramas arañaban su rostro y los truenos estallaban sobre su cabeza.

Delante de ella, una silueta oscura cargaba al niño, que forcejeaba y gritaba su nombre.

—¡Geraldine! —su voz, ahogada por la lluvia, le dio fuerzas para acelerar.

Sus pies resbalaban, pero la determinación era más fuerte que el dolor en las piernas. Cada vez que parecía alcanzarlo, el captor doblaba un recodo del sendero, perdiéndose momentáneamente en la negrura.

***

En la casa Weinthrot, la abuela se dejó caer en el sillón del salón, una mano sobre el pecho.

—Creo… que no me encuentro bien —murmuró lo bastante alto para que Ashford la oyera.

—¿Qué le pasa? —preguntó él con un tono que intentaba sonar

preocupado.

—Busca al médico —ordenó un criado.

El primo vaciló, pero no pudo negarse. Minutos después, el médico de la familia entró, sacudiéndose la lluvia de la capa.

—Veamos… —dijo tomando el pulso de la anciana—. ¿Cuándo comenzó a sentirse así?

—Justo después de escuchar ciertas… noticias —respondió ella mirando de reojo a su nieto.

El médico, con gesto distraído, comenzó a hacer preguntas al primo mientras revisaba a la abuela.

—¿Y usted? ¿Dónde estaba cuando desapareció la señorita Geraldine?

—En mi habitación —respondió él.

—Curioso… —comentó el médico—. ¿Cómo se enteró tan rápido de que no estaba?

Ashford parpadeó, sorprendido por la aparente inocencia de la pregunta.

***

En el bosque, Nathaniel corría tras Geraldine, con Halford a su lado. El dolor en su hombro le quemaba, pero no se detenía.

—¡No se arriesgue! —le gritó Halford.

—No pienso dejarla sola —replicó Nathaniel empapado y sin aliento.

Los agentes se dispersaron, tratando de rodear la zona. La lluvia borraba las huellas, y cada trueno parecía tragarse los sonidos.

***

Ashford intentaba mantener la calma.

—Un criado me lo dijo —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Y cómo lo supo él? —preguntó la abuela, su voz suave como terciopelo… y tan afilada como una cuchilla.

El médico fingía concentrarse en su trabajo, pero sus ojos no se apartaban del primo, esperando el más mínimo error.

***

Geraldine logró acercarse lo suficiente para ver al captor entrar en una construcción medio oculta por la maleza. La puerta se cerró de golpe.

Entró sin pensar, la respiración ardiendo en sus pulmones… y se detuvo.

Había al menos cinco hombres dentro, todos armados, que la miraron con una sonrisa peligrosa.

***

En el salón, Ashford abrió la boca para responder… y dijo algo que lo condenó.

—Bueno, supuse que la habían llevado hacia el norte, ¿no?

La abuela se irguió lentamente.

—Nadie dijo nada sobre una dirección.

El primo palideció, y el silencio que siguió fue más elocuente que cualquier confesión.

Capítulo 17

Geraldine retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared helada. La humedad se filtraba por las tablas y el aire denso olía a sudor y pólvora. Cinco hombres armados se acercaban en formación lenta pero segura, sus miradas depredadoras fijas en ella.

El niño estaba atrapado entre las manos como tenazas de uno de ellos, su cuerpecito rígido y tembloroso.

—No hay salida, querida —dijo el que parecía liderar al grupo con una sonrisa torcida que no alcanzaba sus ojos.

Geraldine buscó desesperadamente una escapatoria. Cada puerta estaba bloqueada por un cuerpo robusto, cada ventana demasiado alta para alcanzarla, y el eco de la tormenta afuera solo acentuaba su encierro. El niño lanzó un sollozo ahogado, y ella sintió un pinchazo de impotencia atravesarle el pecho.

—Suéltenlo —exigió, su voz firme a pesar del miedo que la atenazaba.

Una pistola se alzó hacia ella, el frío metálico del cañón apuntándole directamente al corazón.

—Quietecita —gruñó uno, su dedo descansando sobre el gatillo.

El silencio que siguió se llenó del repiqueteo de la lluvia y el

retumbar de los truenos. El latido en sus oídos era tan fuerte que casi no escuchó el gruñido ahogado del niño… hasta que sucedió.

El pequeño, con una determinación feroz, giró la cabeza y hundió los dientes con fuerza en la mano de su captor. El hombre soltó un grito ronco de dolor, aflojando su agarre lo suficiente para que el niño se liberara. Con un impulso desesperado, corrió hacia Geraldine y se lanzó contra ella.

Ella lo atrapó en el aire, sintiendo el peso cálido de su cuerpecito temblando contra el suyo.

—Tranquilo… ya estás conmigo —susurró, aunque sabía que aún estaban lejos de estar a salvo.

—¡Atrápenlos! —rugió el líder, y tres hombres se abalanzaron hacia ellos.

***

La puerta explotó hacia adentro con un estruendo que hizo temblar las paredes. Fragmentos de madera volaron por la habitación y el aire se llenó del olor acre de la pólvora quemada. Voces firmes y autoritarias retumbaron:

—¡Scotland Yard! ¡Tiren las armas! ¡Ahora!

Los hombres armados vacilaron apenas un instante, pero fue suficiente para que Halford entrara, pistola en mano, seguido de media docena de agentes empapados y con las linternas iluminando cada rincón.

—¡Al suelo! —gritó uno de los oficiales.

El sonido metálico de las armas cayendo al piso se mezcló con los gritos y el forcejeo. En segundos, dos hombres estaban reducidos contra la pared, otros con las manos en alto, y uno más intentando escapar por una ventana antes de ser arrastrado de nuevo al

interior.

Geraldine apretó al niño contra sí, sus ojos buscando entre el caos una figura en particular.

Entonces lo vio.

Nathaniel apareció en el umbral, tambaleante. Su hombro estaba empapado de sangre, su rostro pálido como el mármol. La lluvia goteaba desde su cabello sobre sus mejillas, y su respiración era un jadeo irregular.

Sus ojos encontraron los de ella. Por un instante, todo el ruido se desvaneció, y en ese intercambio mudo hubo alivio, incredulidad y algo más profundo que las palabras.

—Estás… bien —murmuró él, apenas audible.

Geraldine asintió, con lágrimas nublándole la visión. Dio un paso hacia él, pero antes de que pudiera alcanzarlo, vio cómo sus rodillas cedían.

—¡Nathaniel! —gritó soltando al niño para correr hacia él.

Un agente se interpuso, sujetándola por los hombros para mantenerla a salvo mientras otros oficiales aseguraban el lugar. Nathaniel cayó de lado, el barro salpicando alrededor, su rostro crispado por el dolor.

Su última visión antes de que la oscuridad lo engullera fue la silueta de Geraldine con el niño en brazos, iluminada por el parpadeo de una linterna… y el insoportable miedo de no saber si estaría a salvo cuando despertara.

Capítulo 18

Nathaniel despertó lentamente, como si emergiera de un sueño pesado y turbio. Lo primero que sintió fue el dolor punzante en el hombro, un ardor que se extendía hasta el pecho. Luego vino la confusión: un techo blanco, cortinas cerradas dejando pasar apenas una luz dorada, el sonido lejano de pasos y voces amortiguadas. No estaba en el lugar donde había caído… pero tampoco en la casa Weinthrot.

Intentó incorporarse, pero una oleada de dolor lo obligó a jadear y recostarse otra vez. El frío de las sábanas contrastaba con el calor que le subía por la fiebre.

La puerta se abrió despacio y Halford apareció, el sombrero en la mano, el abrigo aún húmedo por la madrugada.

—Está despierto —dijo, y la tensión que había marcado sus facciones desde que lo conocía pareció relajarse un poco.

Nathaniel tragó saliva, su voz ronca por la sed.

—¿Geraldine? ¿El niño?

—A salvo —respondió Halford sin titubeos—. Vivos y bajo cuidado médico.

Nathaniel cerró los ojos un instante, dejando que el alivio le

soltara un nudo en el pecho.

—Cuénteme.

Halford se sentó junto a la cama.

—Cuando lo vimos caer, pensé que no saldría de allí con vida. Geraldine se negó a soltarlo incluso cuando intentamos apartarla para tratar su herida. El niño… se aferraba a ella como si su vida dependiera de ello. —Hizo una pausa y lo miró directamente—. Lo que hizo allá… no lo hace cualquiera.

Nathaniel intentó sonreír, pero el gesto se torció en una mueca.

—No fue heroísmo, Halford. Fue… necesidad.

***

En la casa Weinthrot, la abuela estaba sentada en su sillón, su porte tan firme como siempre. Frente a ella, el primo se recostaba en una silla con una tranquilidad calculada.

El médico de la familia permanecía de pie, revisando unas notas.

—Ha cambiado su versión tres veces —comentó el médico con el tono neutro de quien solo enuncia un hecho—. Y cada vez, añade un detalle nuevo.

—Intento recordar con precisión —replicó Ashford alzando una ceja—. No veo el crimen en eso.

La abuela lo observó en silencio, dejando que el peso de su mirada lo incomodara.

—No hace falta que confiese —dijo finalmente—. Ya lo he visto antes. Esa forma de evitar responder… ese miedo a ser atrapado. Está en su mirada.

Su nieto sonrió con frialdad.

—Me acusa sin pruebas. Eso dice mucho más de usted que de mí.

Un criado entró con un sobre sellado.

—Del magistrado, señora.

La abuela lo abrió, leyó y frunció el ceño.

—No hay cargos. Afirman que no hay evidencia suficiente para retenerlo.

Ashford dejó escapar una sonrisa que no intentó disimular.

—Como dije, soy inocente.

***

Halford observó a Nathaniel mientras le relataba la noticia.

—Ha quedado libre.

Nathaniel apretó la mandíbula, ignorando el dolor en el hombro.

—No me importa lo que diga un magistrado. No voy a dejarlo libre para que vuelva a intentar algo.

La puerta se abrió y Geraldine entró, con el niño de la mano. Sus miradas se encontraron, y el resto del mundo se desvaneció. Ella caminó hacia él con pasos inseguros y se inclinó junto a la cama.

—Cuando lo vi caer… —Su voz tembló—. Pensé que no volvería a abrir los ojos.

—Y yo… —Nathaniel tomó su mano—, pensé que no volvería a verte.

El niño se acurrucó contra Geraldine, como si también necesitara cerciorarse de que ella estaba ahí.

—Esto no ha terminado —murmuró Nathaniel—. Y no voy a dejar que vuelva a tocarte.

***

Esa noche, en sus aposentos, Ashford se sentó junto a la chimenea

y rompió el sello de un sobre que había recibido en privado. La caligrafía era impecable, elegante… y el sello llevaba un emblema real.

Leyó el contenido y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. La carta no revelaba todo, pero las palabras *«Su Alteza»* y *«cuenta con mi discreción»* bastaron para que supiera que tenía un nuevo aliado… uno con poder para inclinar la balanza.

Capítulo 19

El amanecer apenas había despuntado cuando Geraldine fue arrancada de su sueño por el sonido de pasos apresurados y el roce de faldas. Abrió los ojos confundida, para encontrarse con un grupo de sirvientas que no reconocía. Sus rostros eran serios, sus manos rápidas y decididas.

—Señorita, debe levantarse —dijo una de ellas tirando suavemente de la manta.

—¿Qué…? —Geraldine se incorporó todavía aturdida—. ¿Quiénes son ustedes?

Nadie respondió directamente. Otra sirvienta ya estaba colocando un biombo junto a la cama, detrás del cual se veía vapor: habían traído una palangana con agua caliente. El aroma a jabón y lavanda llenó la habitación.

—Es imperativo que esté lista a tiempo —dijo una de las mujeres con voz apremiante.

—¿Lista para qué? —insistió Geraldine intentando apartar las manos que comenzaban a desabotonar su camisón.

Las sirvientas intercambiaron miradas, pero siguieron trabajando. Le retiraron la ropa de dormir y la guiaron hacia el agua. Mientras

una la ayudaba a lavarse, otra desplegaba sobre la cama un vestido claro, con bordados delicados y encaje en el cuello. No era un vestido cualquiera; había algo innegablemente ceremonial en él.

—No entiendo nada —murmuró Geraldine con un nudo formándose en el estómago.

La peinaron con rapidez, trenzando y recogiendo su cabello en un estilo más propio de una novia que de una dama en una mañana cualquiera. La tensión en la habitación era palpable.

***

La puerta se abrió de golpe. La abuela apareció en el umbral, y Geraldine sintió un escalofrío. Su rostro estaba pálido, el porte rígido, y sus manos temblaban levemente.

—Déjennos —ordenó y las sirvientas abandonaron la estancia sin protestar.

Se acercó lentamente, como si le costara cada paso, y tomó asiento frente a su nieta. Sus ojos, aunque firmes, reflejaban algo que Geraldine no recordaba haber visto antes: impotencia.

—Abuela… ¿Qué sucede?

La anciana respiró hondo.

—No hay forma fácil de decirlo. Tu primo ha conseguido una dispensa real para contraer matrimonio contigo esta misma mañana.

Las palabras golpearon a Geraldine como un mazazo.

—¿Qué…? Eso es imposible.

—No lo es —respondió la abuela—. La carta llegó anoche. El sello real estaba intacto. No sé cómo lo ha logrado, pero la ceremonia está prevista para antes del mediodía.

Geraldine se levantó de golpe, la sangre latiéndole en las sienes.

—No voy a casarme con él.

—Lo sé —dijo la abuela poniéndose de pie también—. Pero tiene hombres esperándolo y el carruaje llegará en cualquier momento.

***

Geraldine se acercó a la ventana. Afuera, la luz pálida del amanecer iluminaba el camino de entrada… justo a tiempo para ver un carruaje oscuro, escoltado por cuatro jinetes armados, doblar por la verja principal.

El tiempo se le escurría entre los dedos. Y sabía que, si no actuaba ahora, no tendría otra oportunidad.

Capítulo 20

Geraldine permaneció inmóvil en la silla mientras las sirvientas que no conocía ajustaban con dedos ágiles los lazos y botones del vestido que le habían impuesto. Cada puntada, cada alfiler y cada tirón de tela era una cadena invisible que la aprisionaba más. El murmullo de sus voces, bajo y rápido, le llegaba sin sentido, como si deliberadamente hablaran en un idioma ajeno para impedirle comprender.

Fingió docilidad, pero por dentro su mente era un torbellino. Esperó, midiendo el momento, hasta que una de ellas dejó caer un alfiler y otra se apartó para tomar un velo que reposaba sobre una cómoda. En ese instante, Geraldine se puso de pie y avanzó hacia la puerta, sus pasos rápidos pero silenciosos. El corpiño ajustado le cortaba la respiración, las enaguas chocaban contra sus piernas, y cada crujido de la seda le parecía un estallido en medio del silencio.

El pasillo estaba desierto, iluminado por la fría luz del amanecer que se filtraba por ventanales altos. El aire olía a cera y flores frescas, una mezcla perturbadora que no coincidía con la urgencia de su huida. Sus manos estaban heladas, y notaba el pulso latiendo en las sienes. Giró hacia un corredor lateral que recordaba conducía

a una puerta de servicio. Apenas podía contener la esperanza de llegar antes de que alguien la detuviera.

Pero justo antes de doblar la esquina, una voz la congeló.

—Lady Geraldine.

Se giró lentamente, como si la lentitud le diera tiempo para pensar en una mentira, una excusa, cualquier cosa que pudiera usar.

A pocos pasos de distancia, una mujer alta estaba de pie, vestida con un abrigo largo de lana oscura que caía hasta el suelo. El sombrero de ala ancha proyectaba una sombra que ocultaba la mayor parte de su rostro, dejando a la vista solo unos labios curvados en una sonrisa tan enigmática como perturbadora.

—No es necesario que huya —dijo la desconocida caminando hacia ella con paso seguro y medido—. Todo va a estar bien.

Geraldine retrocedió un paso, su espalda rozando la pared.

—¿Quién es usted?

La mujer ladeó la cabeza, como si la pregunta no importara.

—Alguien que sabe lo que es mejor para usted. —Tendió una mano enguantada—. Venga, la ceremonia no puede empezar sin la novia.

—No voy a casarme con él —dijo Geraldine con voz firme, aunque sintió que le temblaba la garganta.

La sonrisa de la mujer no vaciló, pero su tono se volvió más bajo, casi hipnótico.

—A veces, resistirse es más peligroso que avanzar con dignidad. Créame… Esto es inevitable, pero también conveniente. Y si confía en mí, saldrá de esto con algo más que un apellido.

La desconocida se acercó un paso más, y antes de que Geraldine pudiera reaccionar, su mano se cerró sobre su brazo. El contacto fue suave, pero la presión inamovible, como una garra cubierta de terciopelo.

—Caminará conmigo —dijo la mujer. Y no fue una sugerencia.

Mientras la conducía por el pasillo central, un hombre alto y de hombros anchos emergió de la sombra, vestido con una levita oscura. La mujer giró levemente el rostro hacia él y pronunció, en un susurro apenas audible:

—Ve a cumplir con el encargo. Trae al niño.

Geraldine sintió que un escalofrío le recorría la columna, paralizándola por un instante. El hombre asintió y se alejó con paso rápido, desapareciendo por otro corredor. El eco de sus botas se fue apagando, y con cada paso que él daba lejos de ella, su angustia crecía.

El sonido distante de voces, el tintinear de copas y el roce de telas finas se filtraban por las puertas entreabiertas. La mujer apretó ligeramente el brazo de Geraldine, como para recordarle que no tenía escapatoria. Los latidos de su corazón le golpeaban el pecho con fuerza, y por primera vez en mucho tiempo sintió una verdadera desesperación por el tiempo que se le escapaba.

La sala donde se preparaba la ceremonia estaba cerca. Cada paso la acercaba más a un destino que no había elegido, y aunque la luz dorada que entraba por los ventanales intentaba suavizar el ambiente, para ella todo estaba cubierto por una sombra.

Mientras cruzaba el umbral, una sola pregunta se repitió en su mente, clavándose como una aguja en cada pensamiento: ¿Volveré a ver a Nathaniel?

Capítulo 21

La música suave de un cuarteto de cuerdas flotaba en el aire, pero para Geraldine sonaba como un eco lejano y siniestro.

La sala nupcial estaba vestida para impresionar: columnas envueltas en flores blancas, cintas doradas colgando desde las lámparas, el olor a lirios y velas encendidas flotando en el ambiente. Y sin embargo, para ella, todo ese lujo era una jaula.

La dama misteriosa caminaba a su lado, con el brazo enlazado al suyo. Su tacto no era fuerte, pero transmitía una autoridad que la mantenía prisionera.

Cada paso sobre la alfombra parecía más pesado que el anterior.

—No se resista… —susurró la mujer sin mirarla—. Todo será más fácil así.

El murmullo de los invitados resonaba como un zumbido constante. Algunos la observaban con curiosidad, otros con evidente satisfacción.

En el altar, su primo la esperaba, erguido y seguro, con una media sonrisa que le heló la sangre.

Geraldine sintió que todo ocurría a cámara lenta. El roce de la seda de su vestido contra la alfombra, la luz filtrándose por los

ventanales, el compás meticuloso de sus pasos… y esa sensación de que algo debía irrumpir antes de que fuera demasiado tarde.

El oficiante carraspeó, y su voz grave resonó bajo las bóvedas.

—Estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a…

Geraldine apenas escuchaba. Ashford avanzó un paso para tomarle la mano, y entonces ocurrió.

Las puertas del fondo se abrieron de golpe.

—¡Papá! —La voz infantil rebotó contra las paredes, clara y alta.

Todos se giraron hacia la entrada. Un niño corría por el pasillo central, con el rostro encendido por el esfuerzo y el brazo extendido, señalando al novio. Un murmullo creciente se extendió entre los presentes.

Ashford se tensó, su sonrisa desapareció, y en sus ojos se encendió algo peligroso.

La dama misteriosa soltó el brazo de Geraldine y avanzó hasta quedar entre el niño y el altar.

Con un movimiento lento, ceremonioso, se quitó el sombrero y dejó caer el velo que ocultaba su rostro.

Un cabello oscuro y brillante se deslizó sobre sus hombros. Sus ojos, profundos y acerados, se clavaron en Ashford con una mezcla de odio y satisfacción.

—Diez años. —Su voz era clara, firme, y cada palabra parecía un golpe—. Diez años desde que me dejaste sola… y me difamaste para proteger tu precioso nombre. —Giró el rostro hacia los invitados—. Este hombre es el padre de mi hijo. El mismo hijo que negó, mintiendo a todos para no manchar su reputación.

Un murmullo más fuerte estalló en la sala. Geraldine sintió que el aire se volvía más pesado.

La mujer avanzó un paso.

—¿Y saben por qué tiene tanta urgencia por casarse con su

prima? Porque ella es la última del linaje Weinthrot. Si él se casa con ella, cualquier hijo que tengan heredará todo… y mi hijo, el verdadero heredero por sangre, quedará apartado. —El niño dio un paso hacia ella, y la mujer lo tomó de la mano con ternura—. Él es su hijo. Su sangre. Y hoy, frente a todos, no podrá negarlo.

Los murmullos se transformaron en exclamaciones ahogadas. Varias miradas se dirigieron a Ashford, que parecía un animal acorralado.

De pronto, él se abalanzó. Apartó a la mujer de un empujón y atrapó al niño por el cuello, alzándolo apenas del suelo.

—¡Que nadie se mueva! —rugió, su voz rota por la furia—. Si no me dejan irme, lo mataré aquí mismo.

El grito de horror de varias damas resonó. La abuela de Geraldine se levantó de su asiento, intentando acercarse, pero el primo apretó más al niño, que empezó a sollozar.

—¡Suéltalo! —gritó Geraldine dando un paso adelante.

—Atrás —escupió el primo retrocediendo lentamente hacia la puerta lateral—. Denme un carruaje y me dejan ir. Si no… —Hizo un gesto brusco que arrancó otro llanto del niño—, aquí se acaba.

La tensión era insoportable. Algunos hombres entre los invitados se movieron como para intervenir, pero Ashford tensó el brazo en una amenaza muda.

Fue entonces cuando se escuchó un único disparo.

El sonido retumbó en la sala, seco y final. Ashford quedó inmóvil un instante, con una expresión de incredulidad, y luego sus rodillas cedieron. Cayó hacia adelante, soltando al niño, que rodó fuera de su alcance. Un hilo de sangre se extendió lentamente sobre la alfombra blanca.

Todos giraron hacia la entrada principal.

Allí, en el umbral, estaba Nathaniel. De pie, herido pero

imponente, el hombro vendado, el arma aún humeante en su mano.

Su mirada estaba fija en Geraldine, y no se apartó ni un segundo.

Geraldine corrió hacia él, recogiendo al niño en el camino. Cuando llegó, se lanzó contra su pecho, y Nathaniel la abrazó con fuerza, envolviendo también al pequeño.

Ella sintió su calor, su fuerza, y supo que, al menos por ahora, estaban a salvo.

El murmullo de la sala quedó atrás. Solo quedaban ellos tres, unidos en medio del estruendo lejano de la lluvia golpeando los ventanales.

El peligro había pasado… por ahora.

Capítulo 22

Promesas junto al fuego

La tarde había caído envuelta en un silencio casi reverente. La lluvia, que horas antes había azotado con furia los ventanales, ahora se reducía a un suave goteo, como un susurro de calma después de la batalla. El cielo, visible desde los altos ventanales de la casa Weinthrot, se teñía de tonos violáceos y dorados que se reflejaban en el suelo encerado.

En la sala de estar, el fuego de la chimenea crepitaba con un ritmo hipnótico, arrojando destellos cálidos sobre las paredes cubiertas de retratos familiares. El olor a leña quemada se mezclaba con el tenue perfume de las flores que alguien había dispuesto en un jarrón junto a la ventana.

Geraldine estaba sentada en un amplio sillón tapizado en terciopelo verde, con el niño aún aferrado a ella. Sus pequeños brazos rodeaban su cintura con la fuerza de quien teme que, si la suelta, todo lo vivido esa mañana vuelva a repetirse. Ella no intentó apartarlo; al contrario, inclinó la cabeza y comenzó a acariciarle el cabello con movimientos lentos y constantes, como si quisiera

transmitirle con el roce que estaba a salvo.

El niño, agotado, mantenía la cabeza apoyada contra su regazo. Sus párpados se cerraban por momentos, pero se abrían de nuevo enseguida, como si necesitara comprobar que Geraldine seguía allí. Ella le susurraba frases tranquilas, apenas audibles.

—Estás seguro ahora… no voy a dejar que nadie te haga daño… te lo prometo…

En la puerta, la madre del niño observaba la escena. La mujer, que hasta hacía unas horas parecía hecha de puro acero y rencor, ahora mostraba en sus facciones un cansancio hondo y una tristeza antigua. Sus ojos se suavizaron al ver a su hijo protegido. Dio un paso dentro de la sala, y el crujido de la madera bajo sus zapatos hizo que Geraldine levantara la vista.

—Quiero pedirte algo… —dijo la mujer, su voz más baja de lo habitual—. Cuídalo. Protégelo. Dale lo que yo nunca pude darle.

Geraldine frunció el ceño, sorprendida.

—Es tu hijo. Te necesita.

La mujer negó lentamente, con una leve sonrisa amarga.

—Lo amo más que a mi propia vida, pero sé que contigo tendrá algo que yo nunca podría ofrecerle. Yo siempre estuve huyendo, escondiéndome… Tú puedes darle un hogar. Un futuro sin miedo.

Geraldine sintió un nudo formarse en su garganta. Bajó la mirada hacia el niño, que la observaba como si estuviera escuchando cada palabra, y supo que no podría decir que no.

—Lo cuidaré —dijo finalmente, con una firmeza que sorprendió incluso a la madre—. Te lo prometo.

La mujer se inclinó y depositó un beso en la frente del niño. Él no se movió, pero sus manitas se aferraron con más fuerza a Geraldine. La madre se enderezó y, con un último vistazo, retrocedió hacia la chimenea, como si estuviera cediendo su lugar junto a él.

En ese momento, unos pasos firmes resonaron en el pasillo. Nathaniel apareció en el umbral, su silueta recortada contra la luz tenue que venía de fuera. Vestía ropa limpia, aunque el vendaje en su hombro era visible bajo la tela de la chaqueta. Había un cansancio innegable en su rostro, pero también un brillo de alivio en sus ojos al verlos.

—Scotland Yard ha atrapado a todos los secuaces de tu primo —dijo con voz grave, pero serena—. Ya no queda nadie que pueda hacerles daño.

El alivio se extendió como una ola silenciosa por la habitación. La madre del niño cerró los ojos un instante, como si esa frase le hubiera quitado un peso invisible de encima. Geraldine soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Nathaniel cruzó la sala y se arrodilló frente a Geraldine, quedando a la altura del niño.

—Tienes mi apoyo para lo que decidas hacer —dijo mirándola directamente—. En todo. Y… —Su voz se volvió más suave, pero no menos firme—, muy pronto, habrá algo que quiero preguntarte. Pero quiero hacerlo bien. Como mereces.

Las mejillas de Geraldine se encendieron, y sus ojos se encontraron con los de él. Un entendimiento silencioso pasó entre ambos. El niño levantó la vista hacia Nathaniel, como evaluándolo, y Nathaniel le pasó una mano por el cabello con un gesto protector que no dejaba lugar a dudas.

—Gracias… —susurró Geraldine, y no estaba segura si se lo decía por sus palabras o por todo lo que había hecho por ella desde que se cruzaron.

Nathaniel sonrió apenas y, con delicadeza, tomó la mano libre de Geraldine. La madre del niño observó en silencio, y aunque sus ojos tenían un brillo de melancolía, también había en ellos una paz

nueva.

El fuego crepitó con fuerza, como si celebrara el momento. Afuera, la lluvia había cesado, y un tenue resplandor dorado se filtraba por las cortinas. Por primera vez en mucho tiempo, todos en esa sala podían sentirlo: estaban a salvo.

Epílogo

La tarde caía lentamente sobre la finca, tiñendo los campos con el dorado suave del sol poniente. El canto de los pájaros se mezclaba con el susurro de la brisa, y el aroma de las flores del jardín impregnaba el aire, envolviendo todo en una paz casi irreal.

En la galería, Nathaniel estaba sentado en un banco de madera, con su brazo rodeando a Geraldine. Entre ambos, arropado en una manta ligera, descansaba su más reciente retoño, un bebé de mejillas sonrosadas que dormía profundamente, ajeno al bullicio lejano que provenía del jardín.

—Se parece a ti —susurró Geraldine acariciando la diminuta mano del niño, que se cerró instintivamente alrededor de su dedo.

Nathaniel sonrió y le besó la sien.

—Ojalá herede tu valentía… y tu corazón.

Frente a ellos, sobre el césped, Raven —ya un joven apuesto y alto— reía mientras escuchaba a una de sus hermanas pequeñas contarle algo con gran seriedad. Las otras seis, un torbellino de risas y vestidos coloridos, corrían y saltaban a su alrededor, disputándose su atención.

—Las tiene hechizadas —comentó Nathaniel con un brillo divertido

en la mirada.

—Desde el primer día —respondió Geraldine con voz cargada de ternura—. Nunca imaginé que aquel niño asustado que se aferraba a mí acabaría siendo este hermano mayor que todas adoran.

Hubo un instante de silencio, roto solo por las carcajadas de las niñas y la voz grave de Raven pidiéndoles que no se empujaran. Geraldine lo observó con una mezcla de orgullo y melancolía. A pesar de que su madre biológica jamás volvió a buscarlo, él había encontrado su lugar.

—No la necesita —dijo Nathaniel como si hubiera leído sus pensamientos—. Tiene una familia aquí. Siempre la tendrá.

Geraldine lo miró y, con una sonrisa suave, apoyó la cabeza en su hombro. Nathaniel, sin dejar de abrazarla, inclinó la vista hacia el bebé que dormía entre ambos.

—Míralos, Geraldine… —susurró—. Esto es todo lo que siempre soñé.

En el jardín, Raven levantó en brazos a la más pequeña y la hizo girar en el aire, provocando una oleada de risas. Las demás se unieron a la escena, rodeándolo con tanto entusiasmo que parecía imposible que pudiera atender a todas, y sin embargo lo hacía, paciente y feliz.

Geraldine cerró los ojos por un momento, grabando esa imagen en su memoria. Era el retrato perfecto de la vida que habían construido: amor, risas y la certeza de que, pasara lo que pasara, siempre estarían juntos.

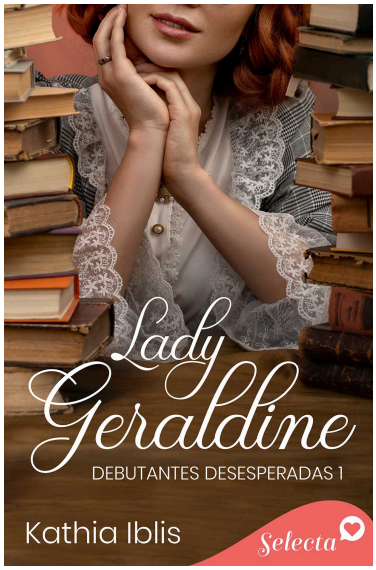
El sol se ocultó lentamente detrás de las colinas, tiñendo el cielo de tonos rosados y violetas. Y allí, en medio de esa luz serena, Nathaniel y Geraldine supieron que no había nada más que pudieran pedirle a la vida.

Agradecimientos

A Lola Gude, a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

Una joven debutante con la desesperada necesidad de un salvador para proteger todo aquello que ama.



Lady Geraldine Weinthrot tan solo desea que la dejen en paz con sus libros para convertirse en una alegre solterona dueña de su destino. Pero todo eso cambia con el inesperado fallecimiento de su padre, algo que debe ocultar a toda costa si desea conservar a salvo de las garras de su malvado primo el hogar familiar.

La llegada del baile en honor al cumpleaños de Su Majestad podría ser la respuesta a sus plegarias. **La posibilidad de hallar a un candidato que la despose** y así salvarla de un destino de miseria.

Aliados inesperados surgirán y **un inusual encuentro bien**

podrían ser la solución que ella urgentemente necesita.

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: enero de 2026

© 2026, Kathia Iblis
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Evgeniya Fedorova Dramas.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-31-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Lady Geraldine
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22. Promesas junto al fuego
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos